

**Audiolibro La Impaciencia Del Coraz**  
**N Stefan Zweig 4 De 7**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Sam Holmes (Elkton)** - - - - La excursión anunciada se inició muy temprano con una pequeña fanfarria de buen humor. Lo primero que oí al despertarme en mi pequeño cuarto de invitados, limpio e iluminado por el sol que entraba a raudales, fueron voces y risas. Me acerqué a la ventana y vi, ante las caras de asombro de toda la servidumbre, el imponente coche de viaje de la princesa, que seguramente habían sacado de la cochera durante la noche: una soberbia antigualla de museo, construida hacía cien años, tal vez ciento cincuenta, por el carroceros de la corte vienesa para un antepasado, en la Seilerstätte. La carrocería, protegida por artísticos muelles contra los golpes de las ruedas macizas, estaba decorada, de forma un tanto simple, con escenas pastoriles y alegorías clásicas, al estilo de los tapices antiguos, y quizá los antaño vivos colores originales ya habían palidecido. El interior de la carroza, tapizado con seda, ocultaba —tuvimos ocasión de comprobarlo en muchos detalles durante el viaje— toda clase de comodidades refinadas, como mesitas plegables, espejitos y frasquitos de perfume. Huelga decir que este descomunal juguete de un siglo desaparecido causaba al pronto una impresión de irrealidad y mascarada, pero precisamente esto produjo el grato efecto de que los criados se esforzaran, con un humor festivo propio de carnaval, en poner perfectamente a flote en la carretera el pesado navío. Con especial empeño, el mecánico de la fábrica de azúcar engrasó las ruedas y revisó a golpes de martillo los aros de hierro, mientras enganchaban los cuatro caballos, adornados con penachos como para una boda, lo que dio ocasión a Jonak, el viejo cochero, para dar, orgulloso, las pertinentes instrucciones. Ataviado con su descolorida librea principesca y sorprendentemente ágil a pesar de la gota, explicaba todas sus artes y saberes a los jóvenes criados, que desde luego sabían montar en bicicleta e incluso manejar un coche, pero no refrenar como es debido un tiro de cuatro caballos. Fue también él quien en la noche anterior había aclarado al cocinero que el honor de la casa exigía a toda costa que en los juegos al aire libre y en escapadas parecidas, incluso en los lugares más apartados, en un bosque o un prado, se sirviera una colación tan esmerada y abundante como en el comedor del castillo. Y así, bajo su control, el criado recogió manteles de damasco, servilletas y cubertería de plata, todo ello guardado en estuches adornados con el escudo de la colección de la vajilla de plata que había pertenecido a la princesa. Sólo entonces le fue permitido al cocinero, tocado con una gorra de plato blanca que sombreaba su rostro radiante, traer las provisiones propiamente dichas: pollos asados, jamón, empanadas, pan blanco recién hecho y baterías enteras de botellas, cada una colocada en un lecho de paja para superar los baches de las carreteras sin sufrir daño. Como representante del cocinero, acompañó la comitiva un muchacho que serviría las comidas, al que se le señaló el lugar en la parte trasera del coche que antaño ocupara el postillón de la princesa, tocado con un sombrero de abigarradas plumas, junto al lacayo de servicio. Gracias a esa minuciosa ostentación, los preparativos adquirieron un aire teatral y festivo y, como la noticia de nuestra singular excursión se propagó rápidamente por los alrededores, no faltó público a ese simpático espectáculo. De los pueblos vecinos habían acudido campesinos con sus variopintos trajes típicos de domingo, y del cercano asilo de pobres llegaron ancianas arrugadas y hombrecillos canosos con sus inevitables pipas de barro. Pero, sobre todo, había niños descalzos, venidos de cerca y de lejos, que, hechizados de asombro, contemplaban boquiabiertos ora los caballos engalanados ora el cochero, en cuya mano marchita, pero todavía firme, se concentraban las largas riendas, misteriosamente anudadas. No menos entusiasmo les causaba Pista, al que conocían sólo en su uniforme azul de chófer y que ahora, ataviado con su librea de tiempos de la princesa, sostenía el plateado cuerno de caza, ansioso por dar la señal de partida. Pero, para esto, era imprescindible que primero hubiéramos desayunado y, cuando al fin nos acercamos al suntuoso carruaje, no pudimos menos de comprobar divertidos que ofrecíamos un aspecto bastante menos imponente que la pomposa carroza y los relucientes lacayos. Kekesfalva dio un espectáculo un tanto cómico cuando, vestido con su inevitable levita y tieso como una cigüeña negra, subió al

carruaje adornado con emblemas de nobleza que le eran ajenos. A decir verdad, uno hubiera esperado ver a las muchachas vestidas al estilo rococó, con el cabello empolvado, el negro lunar en la mejilla y un abanico de colores en la mano, y probablemente a mí mismo me hubiera sentado mejor el uniforme blanco de caballería de la época de María Teresa que mi guerrera azul de ulano. Pero, aun sin esta vestimenta histórica, a las buenas gentes ya les pareció todo lo bastante solemne cuando por fin nos acomodamos en el grande y pesado carronato: Pista levantó el cuerno, un sonido claro y agudo resonó por encima de los enardecidos ademanes y saludos de la servidumbre congregada, y el cochero, con gran arte, hizo restallar el látigo en el aire con el estruendo de un disparo. El primer tirón del voluminoso vehículo produjo una fuerte sacudida que, entre risas, nos hizo chocar los unos contra los otros, pero luego el hábil cochero condujo con destreza los cuatro caballos a través de la puerta de la verja, que desde la espaciosa carroza nos pareció de pronto angustiosamente estrecha, y llegamos sanos y salvos a la carretera. En realidad no era de extrañar que nuestro aspecto extravagante causara gran expectación, pero también un gran respeto, a lo largo de todo el camino. Hacía décadas que en la comarca no se había visto la carroza principesca con sus cuatro caballos, y su inesperada reaparición les pareció a los campesinos el anuncio de un acontecimiento casi sobrenatural. Tal vez creían que íbamos a la corte o que había venido el emperador o que había ocurrido cualquier otra cosa difícil de imaginar, pues por doquier volaban los sombreros como cortados por una guadaña, y los niños, descalzos, corrían sin cesar tras nosotros llenos de entusiasmo; cuando nos cruzábamos por el camino con un carro cargado de heno o con una calesa ligera, el cochero desconocido saltaba presto del pescante y, con el sombrero en la mano, detenía los caballos para dejarnos pasar. Nuestra era la carretera, por ser los soberanos, como en tiempos feudales nuestra era toda aquella hermosa y fértil tierra con sus campos ondulantes, nuestros los hombres y los animales. Cierto que la marcha no era rápida en aquel voluminoso vehículo, pero en cambio nos ofrecía la doble oportunidad de observar muchas cosas y reírnos de ellas, y sobre todo las dos muchachas la aprovecharon sobradamente. Y es que lo nuevo siempre fascina a los jóvenes, y todas estas cosas insólitas, nuestro extraño vehículo, el respeto servil de la gente ante nuestro aspecto anacrónico y cientos de otros pequeños incidentes, levantaban el ánimo de las dos muchachas hasta sumirlas en una especie de embriaguez de aire y de sol. En particular Edith, que no había salido de casa desde hacía meses, irradiaba sin freno una alegría incontenible y la comunicaba al espléndido día estival. Hicimos la primera parada en un pueblecito donde en aquel momento las campanas echadas al vuelo llamaban a la misa dominical. En los estrechos pasos de los campos, entre bancal y bancal, vimos a los últimos rezagados dirigirse al pueblo; entre las altas gavillas de la cosecha de verano, sólo se distinguían los sombreros planos de seda negra de los hombres y las cofias bordadas en colores de las mujeres. De todas direcciones venía esa raya andarina como una oruga oscura a través del oro ondulado de los campos, y en el mismo momento en que entramos en la calle principal —no precisamente muy limpia— ante el espanto de algunos gansos que huían graznando, las campanas enmudecieron. Empezaba la misa. Y fue Edith quien, de forma inesperada e impetuosa, pidió que nos apeáramos todos y asistiéramos al oficio divino. Una tremenda excitación se apoderó de los honrados aldeanos cuando vieron que en su modesta plaza del mercado se detenía una carroza tan inverosímil y que el hacendado, al que sólo conocían de oídas, tenía intención de asistir a misa junto con su familia —entre la que, al parecer me contaban a mí— precisamente en su pequeña iglesia. El sacristán salió corriendo como si ese ex Kanitz fuera el príncipe Orosvár en persona y nos comunicó diligentemente que el sacerdote nos esperaría para empezar la misa; los fieles, con la cabeza inclinada en señal de respeto, formaron una doble fila, y una visible emoción se apoderó de ellos cuando advirtieron la fragilidad de Edith, que tenía que ser sostenida y llevada por Josef e Ilona. Las gentes sencillas se impresionan cuando ven que la desgracia no tiene reparo en cebarse también de vez en cuando en los «ricos». Se levantaron murmullos y cuchicheos, pero las mujeres se apresuraron solícitas a traer cojines para que la enferma pudiera sentarse lo más cómoda posible, desde luego en la primera fila de bancos, que se había vaciado con rapidez; casi daba la impresión de que el cura celebraba la misa para nosotros con especial solemnidad. Yo mismo me sentí emocionado por la conmovedora sencillez de aquella iglesia; el canto agudo de las mujeres, el áspero y algo torpe de los hombres, las voces ingenuas de los niños, me parecían una profesión de fe más pura y espontánea que las muchas ceremonias suntuosas a las que había asistido los domingos en la catedral de San Esteban de mi ciudad natal o en la iglesia de los Agustinos. Pero me distraje de mi recogimiento, contra mi voluntad, al echar una mirada casual a Edith, mi vecina, y ver casi asustado el ardiente fervor con que oraba. Hasta entonces nunca había podido sospechar por indicio alguno que hubiera tenido una educación religiosa o sintiera devoción; mas aquel día observé una forma de rezar que no era una costumbre aprendida como la de la mayoría; el pálido rostro hundido como alguien que camina de cara a la tempestad, las manos agarradas al reclinatorio, los sentidos, por así decirlo, vueltos hacia dentro y repitiendo sólo maquinalmente los murmullos de los demás, todo en su actitud revelaba la tensión de una persona que quiere obtener algo extremadamente difícil a fuerza de alzar y concentrar todas sus fuerzas. A veces, el temblor del

oscuro banco de madera llegaba hasta mí, tanto era el fervor con que se comunicaban a la madera inanimada, el estremecimiento y las vibraciones de ese rezo extático. Comprendí enseguida que se dirigía a Dios con un ruego determinado, que quería algo de Él. Y no era difícil adivinar qué deseaba esa enferma, esa lisiada. Cuando, terminado el oficio, ayudamos a Edith a subir al coche, ella permaneció todavía absorta en sí misma. No pronunció palabra. Ya no se volvía desbordante de alegría y curiosa a todos lados: era como si aquella media hora de lucha fervorosa hubiera abrumado y extenuado sus sentidos. Por supuesto, nosotros nos mantuvimos igualmente recatados. Fue un viaje silencioso y paulatinamente somnoliento hasta que, poco antes del mediodía, llegamos a la yeguada. La verdad es que allí nos esperaba una recepción especial. Los mozos de la vecindad —informados al parecer de nuestra visita— habían reunido los caballos todavía no domados de la yeguada y corrían tras de nosotros a galope tendido, en una especie de fantasía árabe. Era un espectáculo soberbio ver a aquellos muchachos tostados por el sol, lanzando gritos, la camisa abierta, largas cintas de colores flotando al viento colgadas de sus sombreros planos, y blancos y anchos pantalones gauchos; como una horda de beduinos se acercaron raudos y veloces, montando a pelo, como dispuestos a arremeter contra nosotros. Nuestros caballos aguzaban ya inquietos las orejas y el viejo Jonak tuvo que tirar fuerte de las riendas con los pies bien apuntalados en el pescante, cuando la salvaje pandilla, a un silbido repentino, formó primorosamente en columna cerrada y nos acompañó en alegre cortejo hasta la casa del administrador. Allí había para mí, experto oficial de caballería, muchas cosas de interés. A las dos muchachas, por su parte, les acercaron los potrillos, y ellas no cabían en sí de emoción con aquellos animales tímidos, pero curiosos, con sus patas angulosas y torpes y sus necios hocicos que aún no sabían mordisquear bien el azúcar que les ofrecían. Mientras nosotros estábamos tan alegremente entretenidos, el ayudante de cocina, bajo la cuidadosa dirección de Jonak, había dispuesto un suntuoso refrigerio al aire libre. Pronto el vino demostró ser tan fuerte y bueno, que nuestro alborozo, contenido hasta entonces, se manifestó cada vez más desbordante. Todos hablábamos con más locuacidad, camaradería y desinhibición que nunca, y así como ninguna nubecilla surcaba el cielo de seda azul, así tampoco cruzó mi mente durante aquellas horas el sombrío pensamiento de que siempre había conocido sólo como enferma, desesperada y aturdida a aquella muchacha delicada que era la que de todos nosotros ahora reía más cordial, más fuerte y más feliz, o de que aquel anciano, que examinaba y daba palmaditas a los caballos con la pericia de un veterinario, bromeaba con todos los mozos y les daba propinas a escondidas, era el mismo que dos días antes me había abordado de noche como un sonámbulo, llevado por un miedo demente. Tampoco apenas me reconocía a mí mismo, tan ligeros y como lubricados con aceite caliente respondían mis miembros. Después de comer, mientras llevaron a Edith a descansar un rato a la habitación de la mujer del administrador, probé uno tras otro unos cuantos caballos. Corrí a porfía con algunos de los jóvenes mozos por los prados y experimenté, al soltar las riendas y soltarme a mí mismo, una sensación de libertad que desconocía. ¡Ojalá pudiera quedarme aquí, a las órdenes de nadie, libre en los campos libres, libre como el viento! Sentí un cierto pesar cuando, tras haber galopado un buen trecho a campo traviesa, oí de lejos la llamada del cuerno de caza que anunciaba el regreso. Para variar, el experimentado Jonak había elegido otro camino para el regreso, probablemente también porque aquella carretera pasaba durante un buen trecho por un bosquecillo de refrescante sombra. Y como todo se sucedía felizmente en ese día tan perfecto, nos esperaba todavía una última sorpresa, la mejor. Al atravesar un modesto pueblo, de unas veinte casas, la única calle de ese apartado villorrio apareció casi totalmente bloqueada por una docena de carros vacíos. Era extraño que no hubiera nadie para despejar la calle y dejar pasar a nuestra espaciosa carroza; era como si la tierra se hubiera tragado a toda la gente de los alrededores. Sin embargo, pronto quedó aclarado este vacío, demasiado llamativo incluso para un domingo, cuando la experta mano de Jonak hizo restallar el enorme látigo en el aire, produciendo un ruido que parecía un pistoletazo, pues no bien acudieron varias personas asustadas, comprendimos que se trataba de un divertido malentendido. Resultó que el hijo del campesino más rico de la comarca celebraba la boda con una parienta pobre de otro caserío; del otro extremo de la calle que habíamos encontrado cerrada, donde se había vaciado un granero para convertirlo en sala de baile, llegó corriendo y acalorado por tanto afán, el corpulento padre de la novia para darnos la bienvenida. Quizá creía de buena fe que el renombrado señor Von Kekesfalva había mandado enganchar los cuatro caballos para honrarlos, a él y a su hijo, con su presencia en el banquete de bodas, o quizá sólo por vanidad quería sacar provecho de nuestro paso casual por el pueblo para acrecentar su prestigio. Sea como fuere, pidió con muchas reverencias que el señor Von Kekesfalva y sus acompañantes tuvieran la bondad, mientras despejaban la calle, de tomar una copa de vino húngaro, de cosecha propia, a la salud de la joven pareja; por nuestra parte, estábamos de demasiado buen humor para rehusar una invitación tan sincera. De modo, pues, que Edith fue bajada del coche con sumo cuidado, y a través de una doble hilera murmurante y admirada, formada por gente respetuosa, entramos triunfantes en la rústica sala de baile. Vista de cerca, esa sala de baile resultó ser un granero que había sido desembarazado y a cuyos lados se había levantado un

estrado de tablas sueltas sobre barriles de cerveza vacíos. A la derecha, sentados a una larga mesa cubierta con manteles de lino blanco y provista de abundantes botellas y manjares, presidían el banquete, alrededor de la pareja de novios, los respectivos parientes, así como los inevitables dignatarios, el párroco y el comandante local de la gendarmería. En el estrado opuesto se habían instalado los músicos, unos gitanos bigotudos y bastante románticos: violín, contrabajo y címbalo. Los invitados se apiñaban en el suelo apisonado de la era, mientras los niños, que no habían encontrado sitio en el repleto local, miraban como espectadores furtivos desde la puerta o dejando colgar las piernas desde los cabrios del entramado del techo. Por supuesto, algunos de los parientes menos nobles tuvieron que retirarse del estrado de honor para cedernos el sitio, y se levantó un murmullo de admiración por el trato afable de sus señorías cuando nos mezclamos con toda llaneza con aquellas honradas gentes. Titubeando de emoción, el padre de la novia tomó una gran jarra de vino, llenó las copas y levantó la voz para gritar: —¡A la salud del señor! El grito se propagó enseguida hasta la calle como un eco entusiasmado. Luego trajo a empellones a su hijo y a su nueva media naranja, una muchacha tímida, algo ancha de caderas, a la que el abigarrado vestido de ceremonia y la blanca corona de mirto conferían un aspecto conmovedor; roja como un tomate por la emoción y un poco torpe, hizo una reverencia a Kekesfalva y besó respetuosa la mano de Edith, que de pronto se emocionó visiblemente. Y es que una ceremonia nupcial desconcierta siempre a las jóvenes, porque en estos momentos se adueña de sus almas una misteriosa solidaridad femenina. Sonrojándose, Edith atrajo hacia sí a la humilde muchacha, la abrazó, luego, recordando de pronto, se sacó un anillo del dedo —era una sortija estrecha y anticuada, no muy valiosa— y lo colocó en el dedo de la novia que, a su vez, quedó completamente estupefacta por este regalo inesperado. Intimidada, miró a su suegro como preguntándole si debía aceptar realmente tan gran regalo. Apenas el hombre asintió, ella, orgullosa, rompió a llorar de pura felicidad. De nuevo nos inundó una ola entusiasta de gratitud; de todas partes se agolparon hasta nosotros aquellas gentes sencillas y en absoluto exigentes; se notaba claramente en sus miradas que de buen grado habrían hecho algo especial para demostrarnos su reconocimiento, pero nadie se atrevió siquiera a dirigir la palabra a tan altos «señores». Entre ellos, la vieja campesina pasaba de uno a otro, tambaleándose como ebria, con lágrimas en los ojos y cegada por el honor que se dispensaba a la boda del hijo, en tanto que el novio, en su confusión, miraba con grandes ojos ora a su novia, ora a nosotros, ora sus pesadas y lustrosas botas altas. En aquel momento Kekesfalva hizo lo más inteligente para poner fin a esos testimonios de respeto, que ya empezaban a ser molestos. Dio la mano cordialmente al padre de la novia, al novio y a algunos dignatarios, rogándoles que no interrumpieran la hermosa fiesta por nosotros. Añadió que los jóvenes siguieran bailando a su gusto, puesto que no nos podían proporcionar mayor placer que continuar divirtiéndose sin preocuparse de nosotros. Al mismo tiempo hizo además al violinista de que se acercara, y éste, con el violín bajo el brazo derecho, estaba esperando delante del estrado en una postura de reverencia que parecía petrificada; le arrojó un billete y le indicó que comenzara la música. El billete debió de ser de los grandes, pues el lisonjero mozo se enderezó como sacudido por una descarga eléctrica, volvió corriendo a su estrado, guiñó el ojo a los músicos y acto seguido el grupo se puso a tocar como sólo los húngaros y los gitanos saben hacerlo. Ya la primera nota de címbalo disipó con su ímpetu seductor toda inhibición. En un santiamén se formaron las parejas y se inició el baile con estruendosas pisadas, más animado y delirante que antes, pues tanto los chicos como las chicas sentían el prurito de mostrarnos lo bien que saben bailar los húngaros auténticos. En un minuto, el local, hasta entonces sumido en un silencio respetuoso, se convirtió en un impetuoso torbellino de cuerpos que se contoneaban, saltaban y zapateaban; a cada compás tintineaban los vasos incluso del estrado, tan enérgico y fogoso atronaba el entusiasmo de los jóvenes. Edith miraba con ojos fulgurantes esa barahúnda. De pronto sentí su mano en mi brazo. —Usted también debería bailar —me ordenó. Por fortuna, la novia no había sido arrastrada todavía por el torbellino y seguía contemplando extasiada el anillo de su dedo. Cuando me incliné ante ella, el inmerecido honor la hizo ruborizarse primero, pero luego se dejó llevar gustosa. Nuestro ejemplo infundió valor al novio. Tras un fuerte empujón del padre, sacó a bailar a Ilona, y entonces el cimbalista arremetió más endemoniadamente todavía contra su instrumento, y el violinista tocó el suyo como un diablo negro y bigotudo; creo que nunca antes ni después se bailó de manera tan orgiástica en ese pueblo como en aquella boda. Pero el cuerno de la abundancia de las sorpresas aún no se había vaciado del todo. Atraída por el lujoso regalo a la novia, una de esas viejas gitanas que nunca faltan a tales fiestas se había abierto paso hasta el estrado y trataba de convencer a Edith de que se dejara decir la buenaventura. La joven se mostró visiblemente incómoda. Curiosa por una parte, se avergonzaba por otra de ceder a tal charlatanería en presencia de tantos espectadores. Yo puse remedio rápido a la situación sacando con suavidad del estrado al señor Von Kekesfalva y a los demás para que nadie pudiera oír ni una palabra de las misteriosas profecías, y a los curiosos no les quedó más remedio que mirar desde lejos, riéndose, cómo la vieja, arrodillada ante Edith, le tomaba la mano entre mucho abracadabra y la estudiaba; todo el mundo en Hungría conoce hasta la saciedad el eterno truco de esas mujeres de

predecir a cada uno lo más halagüeño para luego aprovecharse con creces de la buena nueva. Pero, para mi sorpresa, todo lo que la encorvada anciana le susurraba con voz ronca y apresurada parecía emocionar curiosamente a Edith. Empezó aquel temblor alrededor de las aletas de su nariz que la acompañaba siempre en estado de fuerte tensión. Escuchaba a la gitana inclinándose cada vez más y mirando de vez en cuando temerosa a su alrededor para comprobar si alguien la oía; luego pidió por señas a su padre que se acercara, le susurró una orden y él, dócil como siempre, metió la mano en el bolsillo interior y dio a la gitana unos billetes. La cantidad debió de ser inmensa para los cánones locales, pues la codiciosa vieja cayó de rodillas como si le hubieran segado las piernas, besó como una posea el borde de la falda de Edith, y entre conjuros incomprensibles, le acarició las tullidas piernas con movimientos cada vez más rápidos. Luego se levantó de golpe y se fue corriendo, como si tuviera miedo de que alguien le quitara aquel montón de dinero. —Vayámonos ahora —me apresuré a susurrar al señor Von Kekesfalva, pues observé que Edith había empalidecido. Fue en busca de Pista; él e Ilona ayudaron a la tambaleante Edith con sus muletas a llegar hasta el coche. Al instante cesó la música, nadie de aquellas buenas gentes quiso privarse de acompañar nuestra partida con saludos y gritos. Los músicos rodearon el carruaje para interpretar una última pieza de honor; el pueblo entero gritaba con grandes voces: «¡Viva! ¡Viva!»; el viejo Jonak tuvo verdadero trabajo para contener a los caballos, no acostumbrados ya a semejante fragor bélico. Yo seguía estando un poco preocupado por Edith, que iba sentada delante de mí en el coche. Todo su cuerpo seguía temblando; parecía acosada por una emoción violenta. Y de pronto prorrumpió en arrebatados sollozos. Pero eran sollozos de felicidad. Lloraba mientras reía y reía mientras lloraba. Sin duda la astuta gitana le había profetizado su pronta curación. ¡Quizás incluso algo más! —Dejadme, dejadme —se defendía impaciente entre lloriqueos. En su conmoción parecía sentir un placer nuevo y extraño—. Dejadme, dejadme —repetía una y otra vez—. Ya sé que esa vieja es una charlatana. Lo sé muy bien. Pero ¿por qué no ser tonta por una vez? ¿Por qué una no puede dejarse engañar honradamente una vez? Ya era noche cerrada cuando cruzamos de nuevo la puerta del castillo. Todos insistieron para que me quedara también a cenar. Pero yo no quise, tenía la impresión de que ya había habido bastante, incluso demasiado. Me había sentido inmensamente feliz durante ese largo y dorado día de verano, y cualquier cosa de más, cualquier añadido sólo podía menguar esta felicidad. Preferí regresar a casa por la avenida que ya me era familiar, con el alma tranquila y serena como el aire estival tras el ardiente día. No pedía nada más, sólo recordar agradecido y reflexionar acerca de todo. De modo que me despedí antes de tiempo. Las estrellas brillaban y tuve la sensación de que me guiñaban cariñosamente el ojo. El viento acariciaba mortecino los campos que se desvanecían gradualmente, llenos de un vaho oscuro, y me pareció que cantaba para mí. Se apoderó de mí esa pura exaltación en que todo parece bueno y encantador, el mundo y los hombres, en que uno quisiera abrazar cada árbol y acariciar su corteza como una piel amada, entrar en cada casa, sentarse con desconocidos y confesarles todo, en que el propio pecho resulta demasiado estrecho y el sentimiento interior demasiado fuerte, en que uno quisiera comunicarse, derramarse, derrocharse..., ¡regalar y prodigar parte de esa exuberancia desbordante! Cuando al fin llegué, encontré a mi ordenanza esperándome ante la puerta. Por primera vez (aquel día todo me parecía que ocurría por primera vez) observé la cara cándida, redonda y sana de aquel joven campesino ruteno. ¡Ah, también a él voy a darle una alegría!, pensé. Lo mejor será darle algún dinero para que invite a unas cervezas a su chica. ¡Hoy le daré el día libre, y mañana y toda la semana! Me metía ya la mano en el bolsillo para sacar una moneda de plata, cuando se puso firme y, con las manos pegadas a las costuras de los pantalones, me comunicó: —Ha llegado un telegrama para usted, teniente. ¡Un telegrama! Enseguida me sentí incómodo. ¿Quién podía querer algo de mí en este mundo? Sólo una mala noticia podía perseguirme con tanta premura. Corrí hacia la mesa. Allí estaba el insólito papel, cuadrado y cerrado. Lo abrí con dedos indignados. Eran sólo una docena de palabras, que me comunicaban con cortante claridad: «Estoy citado mañana por Kekesfalva. Debo hablar antes con usted sin falta. Lo espero a las cinco. Taberna Tirolesa. Cóndor.» Ya una vez me había ocurrido que en el espacio de un minuto pasaba de la embriaguez más absoluta a una sobria vigilia. Había sido el año pasado, en la fiesta de despedida de un compañero que se casaba con la hija de un riquísimo fabricante del norte de Bohemia y que antes nos obsequió con una espléndida cena. El buenazo fue en verdad muy generoso, mandó traer una batería de botellas tras otra, de un Burdeos espeso y de gran cuerpo, y para remate, una tal cantidad de champán, que, según el temperamento, unos nos pusimos ruidosos y otros sentimentales. Nos abrazábamos, reíamos, alborotábamos, gritábamos y cantábamos. Entrechocábamos las copas en continuos brindis, trincábamos coñac y licores, fumábamos como chimeneas, densos vapores envolvían el sobrecargado local en una especie de niebla azulada, por lo que nadie se dio cuenta de que, detrás de las ventanas empañadas, el cielo empezaba a clarear. Debían de haberse hecho las tres o las cuatro. En su mayoría, los invitados ya no podían seguir sentados en posición vertical; repantigados sobre las mesas, levantaban los ojos nublados y vidriosos a cada nuevo brindis; si alguno tenía que salir, caminaba tambaleándose hasta la puerta o tropezaba y caía como un saco. Ya nadie era capaz de hablar o pensar con claridad.

Entonces se abrió la puerta de golpe y entró el coronel (de quien tendré que hablar más tarde) hecho una furia, y como en medio de la tremenda barahúnda sólo algunos lo vieron o lo reconocieron, se acercó bruscamente a la mesa y golpeó con el puño la sucia tabla con tanta fuerza, que hizo saltar platos y copas. Luego, con su voz más severa y cortante, ordenó: —¡Silencio! E inmediatamente, de golpe, se hizo el silencio e incluso los más aletargados abrieron los ojos y se despertaron. El coronel nos informó en pocas palabras de que aquella mañana se esperaba una inspección sorpresa por parte de la división. Contaba con que todo funcionaría a la perfección y nadie sería el oprobio del regimiento. Y entonces se produjo algo sorprendente: de golpe y porrazo todos recuperamos nuestros sentidos. Como si se hubiera abierto una ventana interior, todos los vapores del alcohol se esfumaron, los rostros nebulosos se transmutaron, tensos ante la llamada del deber, en un santiamén todos adoptamos un porte marcial y antes de dos minutos habíamos abandonado la mesa devastada; cada uno sabía con claridad meridiana qué le correspondía hacer. Se despertó a la tropa, los ordenanzas corrían de un lado para otro, todo, hasta el último botón de arreos, fue limpiado y restregado. Unas horas más tarde, la temida inspección transcurrió impecablemente. Con la misma rapidez se disipó la blanda somnolencia cuando abrí aquel telegrama. En un segundo supe lo que durante horas y horas no había querido reconocer: que todo aquel entusiasmo no había sido sino la embriaguez de una mentira y que yo, con mi debilidad, con mi desdichada compasión, me había hecho culpable, cómplice, de un engaño. Sospeché de inmediato que Condor venía a pedirme cuentas. Ahora se trataba de pagar el precio por la exaltación propia y la ajena. Con la puntualidad que dicta la impaciencia y, por lo tanto, incluso con un cuarto de hora de anticipación me encontraba en aquella taberna, y exactamente a la hora convenida llegó Condor de la estación en un coche de dos caballos. Vino a mi encuentro sin más formalidades. —Celebro que haya sido puntual. Enseguida supe que podía confiar en usted. Lo mejor será que nos metamos en el mismo rincón del otro día. El asunto del que tenemos que hablar no tolera testigos. Me pareció notar un cambio en su porte descuidado. Nervioso, pero dominándose a la vez, entró con paso cargado en el local delante de mí y ordenó casi con grosería a la ajetreada camarera: —Un litro de vino. El mismo de anteayer. Y luego déjenos solos. Ya la llamaré. Nos sentamos. Ya antes de que la camarera hubiera terminado de servir el vino, Condor empezó a hablar: —Bueno, vayamos al grano..., tengo que darme prisa, si no esos de ahí fuera descubrirán el pastel y se imaginarán que estamos conspirando. Ya he necesitado Dios y ayuda para deshacerme del cochero, que quería llevarme allí inmediatamente, coûte que coûte. ¡Pero, sin más demora, in medias res para que usted sepa en qué estamos! »Bien..., anteayer por la mañana recibí un telegrama. "Ruégole, estimado amigo, venga lo antes posible. Lo esperamos todos impacientísimos. Agradecido y confiado, suyo, Kekesfalva." Tantos superlativos, "lo antes posible", "impacientísimos", no me gustaron demasiado. ¿Por qué, de pronto, tanta impaciencia? Sólo hace unos días que examiné a Edith. Y luego, ¿a qué viene asegurarme su confianza por telegrama, a cuento de qué esa gratitud especial? Bueno, no me lo tomé demasiado a pecho y puse el telegrama ad acta. Al fin y al cabo, de vez en cuando el viejo se permite tales arranques. Pero lo de ayer por la mañana fue un golpe. Pues me llegó una carta interminable de Edith, una carta urgente completamente delirante y arrebatada, en la que decía que desde el principio había sabido que yo era la única persona en el mundo que la salvaría y que no encontraba palabras para decirme cuán feliz se sentía de haber llegado por fin hasta este punto. Decía que me escribía sólo para asegurarme que podía confiar plenamente en ella, que aceptaba sin vacilar todo lo que le mandara hacer, por difícil que fuera, pero que empezara pronto, enseguida, el nuevo tratamiento, porque ardía de impaciencia. Y otra vez: que le exigiera todo, pero que empezara deprisa. Etcétera, etcétera. »De todos modos..., esta mención del nuevo tratamiento me encendió una luz. Enseguida comprendí que alguien debía de haber ido a contar lo de la cura del profesor Viennot al viejo o a la hija, porque estas cosas no nacen del aire, y este alguien, desde luego, no podía haber sido otro que usted, teniente. Debí de hacer un movimiento involuntario, pues él tiró de la misma cuerda: —¡Por favor, no discutamos este punto! Yo no he hecho ni la menor mención a nadie de ese método del profesor Viennot. Sólo usted tiene en la conciencia el que ahí fuera crean que en unos meses todo quedará borrado como si se hubiera pasado una bayeta. Pero, como le he dicho, ahorrémonos todas las recriminaciones... Ambos hemos hablado, yo con usted y usted, profusamente, con los otros. Habría sido mi obligación andar con más cuidado con usted..., al fin y al cabo su oficio no es tratar enfermos... ¿Cómo iba usted a saber que los enfermos y sus parientes utilizan un vocabulario diferente del de la gente normal, que cada «quizá» se transforma de inmediato en ellos en un «sin duda» y que por esta razón hay que dosificarles la esperanza con cuentagotas, si no se les sube el optimismo a la cabeza y los pone furiosos? »Pero ahora dejemos eso... ¡Lo pasado, pasado está! Pongamos punto final al tema de la responsabilidad. No le he pedido que viniera para discursar con usted. Pero, después de haberlo mezclado en mis asuntos, me siento obligado a ponerlo al corriente del estado de las cosas. Por eso le he pedido que venga. Condor levantó por primera vez la frente y me miró cara a cara. Pero no había en absoluto severidad en su mirada. Al contrario, tuve la impresión de que me compadecía. Incluso su voz se



volvió ahora más suave: —Ya sé, mi querido teniente, que lo que ahora tengo que comunicarle le afectará sensiblemente. Pero, como le he dicho, no hay tiempo para sentimientos ni sentimentalismos. Le conté que, a raíz de aquel artículo en la revista médica, escribí enseguida al profesor Viennot para pedirle más información..., no creo haberle contado más. Pues bien, ayer por la mañana llegó su respuesta, y por cierto que llegó en el mismo correo que traía la efusiva carta de Edith. A primera vista su informe parece positivo. Viennot tuvo realmente un éxito asombroso con aquel paciente y con algunos otros. Pero por desgracia, y éste es el punto doloroso, su método no es aplicable en nuestro caso. En sus curaciones se trataba de enfermedades de la médula espinal de base tuberculosa, en las que..., le ahorro los detalles técnicos..., se restablece la plena función de los nervios motores mediante un cambio de la presión. En nuestro caso, en que está afectado el sistema nervioso central, a priori ya no entran en consideración los procedimientos del profesor Viennot, como permanecer acostado, inmovilizado por un corsé, baños de sol simultáneamente, su tipo especial de gimnasia. Su método es, por desgracia, ¡por desgracia!, del todo impracticable en nuestro caso. Aplicar todos esos procedimientos a la pobre criatura significaría probablemente martirizarla en balde. Bien..., esto es lo que me sentía en el deber de comunicarle. Ahora sabe cuál es la situación y cómo trastornó irreflexivamente a la pobre niña con la esperanza de que en unos meses podía volver a saltar y bailar. De mi boca nadie jamás habría oído una afirmación tan estúpida. Pero ahora todos, y con razón, se agarrarán a lo dicho por usted, que les ha prometido a la ligera la luna y las estrellas. Sentí que los dedos se me entumecían. Todo esto lo había sentido en mi subconsciente desde el momento en que vi el telegrama sobre la mesa; sin embargo, tuve la sensación de que me golpeaban en la frente con un mazo cuando Condor me expuso la situación con tanta objetividad y crudeza. Instintivamente sentí la necesidad de defenderme. No quería cargar sobre mí toda la responsabilidad. Pero lo que logré decir al final fue parecido al tartamudeo de un escolar cogido en falta: —¿Pero cómo...? Yo sólo quería lo mejor... Si le conté algo a Kekesfalva fue sólo por... por... —Lo sé, lo sé —me interrumpió Condor—. Por supuesto que él se lo sacó a la fuerza, lo apremió y atosigó, es realmente capaz de dejarle a uno indefenso con su insistencia desesperada. Sí, ya lo sé, sé que usted se mostró débil por compasión, por los mejores y más nobles motivos. Pero, y creo que ya se lo advertí una vez, eso de la compasión es una maldita arma de doble filo. El que no sabe manejarla, mejor que no la toque con la mano y menos aún con el corazón. Sólo al principio la compasión, como la morfina, es buena para el enfermo, un remedio, un recurso, pero si no se sabe dosificar como es debido y suprimirla a tiempo, se convierte en un veneno mortal. Con las primeras inyecciones se hace bien, tranquilizan al enfermo y mitigan el dolor. Pero, fatalmente, el organismo, tanto el cuerpo como el alma, posee una tremenda capacidad de adaptación, y así como los nervios necesitan cada vez más morfina, así también el sentimiento necesita cada vez más compasión, y al final resulta más de la que se puede dar. Y llega indefectiblemente el momento, en uno y otro caso, en que hay que decir «no» y no preocuparse por si el enfermo lo odia a uno más por esta última negativa que por si nunca le hubiera ayudado. Sí, mi querido teniente, hay que saber poner freno a la compasión, de lo contrario causa más daño que toda la indiferencia del mundo, y eso lo saben los médicos y los jueces y los alguaciles y los prestamistas. Si todos ellos dieran rienda suelta a su compasión, el mundo se paralizaría... ¡Cosa peligrosa, la compasión, muy peligrosa! Ya ve usted a qué ha conducido su debilidad en este caso. —Sí..., pero no se puede... no se puede abandonar a una persona en su desesperación... Al fin y al cabo, no pasaba nada por que yo intentase... De repente Condor se encolerizó. —¡Sí que pasaba..., mucho! ¡Mucha responsabilidad, muchísima responsabilidad, cuando uno se burla de otro con su compasión! ¡Un adulto tiene que pensar, antes de inmiscuirse en un asunto, hasta dónde está dispuesto a llegar! ¡No se juega con los sentimientos ajenos! Lo admito, usted encandiló a esa buena gente llevado por los motivos más nobles y honrados, pero en nuestro mundo no importa si uno actúa con dureza o con timidez, sino sólo lo que al final se consigue o se provoca. ¡Compasión, muy bien! Pero hay dos clases de compasión. Una, la débil y sentimental, que en realidad sólo es impaciencia del corazón por liberarse lo antes posible de la penosa emoción ante una desgracia ajena, es una compasión que no es exactamente compasión, sino una defensa instintiva del alma frente al dolor ajeno. Y la otra, la única que cuenta, es la desprovista de lo sentimental, pero creativa, que sabe lo que quiere y está dispuesta a aguantar con paciencia y resignación hasta sus últimas fuerzas e incluso más allá. Sólo cuando uno llega hasta al final, hasta el final más extremo y amargo, sólo cuando uno tiene la gran paciencia, puede ayudar a los hombres. ¡Sólo cuando se sacrifica a sí mismo, sólo entonces!

Un tono amargo vibraba en su voz. Sin querer, me vino a las mientes lo que Kekesfalva me había contado: que Condor se había casado, como castigo por decirlo así, con una ciega a la que no podía curar, y que esta mujer, en vez de estarle agradecida, todavía lo martirizaba. Pero no tardó en ponerme la mano, cálida y casi tierna, sobre el brazo. —No, no lo digo con mala intención. Sus sentimientos lo han traicionado. Le puede ocurrir a cualquiera. Pero, vayamos al asunto que nos concierne, a mí y a usted. No lo he citado para hablar de psicología con usted. Tenemos que ser prácticos. Por supuesto, conviene que en este asunto procedamos de acuerdo. No debe ocurrir que por

segunda vez me desbarate los planes a mis espaldas. ¡De modo que escuche! Por desgracia, debo suponer por la carta de Edith que nuestros amigos se han ofuscado por completo con la ilusión de que, mediante aquel tratamiento inaplicable, se podrá hacer desaparecer como con una esponja toda esa enfermedad tan compleja. Aun cuando esta locura ya ha calado peligrosamente hondo, no queda otro remedio que extirparla... y cuanto antes, mejor para todos. Desde luego, sufrirán un duro golpe, porque la verdad es siempre una medicina amarga, pero no hay que permitir que esta ilusión siga proliferando. Déjelo de mi cuenta, yo procederé con sumo cuidado. »¡Y ahora, usted! Claro está que para mí lo más cómodo sería echarle toda la culpa, decir que interpretó mal mis palabras, que ha exagerado o fantaseado. Pero no voy a hacerlo, sino que me haré responsable de todo. Ahora bien, y se lo digo desde este mismo instante, no podré dejarle del todo fuera de este juego. Ya conoce usted al viejo y su tremenda tenacidad. Aunque le explicara la cuestión cien veces y le enseñara la carta, seguiría lamentándose: "Pero usted prometió al teniente..." y "El teniente dijo..." Se remitiría sin cesar a usted para engañarse y engañarme a mí diciendo que, a pesar de todo, todavía existe una esperanza. Sin usted como testigo, no podré con él. No se puede hacer bajar las ilusiones de golpe, como el mercurio del termómetro. Una vez se ha mostrado una brizna de esperanza a uno de esos enfermos tan cruelmente llamados incurables, enseguida la convierten en viga, y la viga, en una casa entera. Pero esos castillos en el aire resultan de lo más perjudicial para los enfermos, y mi deber como médico es derribar este castillo sin pérdida de tiempo, antes de que esperanzas exaltadas se instalen en él. Tenemos que abordar el asunto con energía y sin pérdida de tiempo. Condor calló. Al parecer esperaba mi asentimiento. Pero yo no me atrevía a topar con su mirada; en mi interior se agolpaban ahora, impelidas por los latidos del corazón, las imágenes del día anterior: el alegre viaje a través del paisaje estival, y el rostro de la enferma radiante de sol y de felicidad; recordé cómo acariciaba los potrillos, la vi sentada como una reina en la fiesta, y vi cómo una y otra vez las lágrimas se deslizaban por las mejillas del anciano hasta su boca sonriente y convulsa. ¡Borrar todo esto de un plumazo! ¡Volver a transformar a aquel ser que se había transformado, volver a arrojar con una palabra a los infiernos de la impaciencia a la que tan soberbiamente había escapado de la desesperación! No, sabía que nunca me prestaría a ello. Y así, titubeante, dije: —Pero, no sería preferible... —y me interrumpí al instante bajo su escrutadora mirada. —¿Qué? —preguntó, tajante. —Quería decir que... si no sería mejor esperar a dar esa noticia... al menos unos días, porque... porque ayer tuve la impresión de que ella ya estaba predispuesta a empezar este tratamiento..., quiero decir interiormente predispuesta..., y de que ahora tendría, como usted dijo entonces, las... las fuerzas psíquicas..., quiero decir que ahora estaría en condiciones de dar mucho más de sí misma, si... si se la dejara un poco más de tiempo en la creencia de que este nuevo tratamiento, del que lo espera todo, la curaría definitivamente... Porque... porque usted no ha visto..., no... no se puede imaginar el efecto que el simple anuncio ha tenido sobre ella... Tuve realmente la impresión de que enseguida podía moverse con mucha más facilidad... y me pregunto si no habría que dejar que esto surtiera todo su efecto... Claro que —bajé la voz, porque noté que Condor me miraba sorprendido—, claro que yo no entiendo nada de todo esto... Condor siguió mirándome. Luego refunfuñó: —¡Vaya... Saúl entre los profetas! Parece haberse dedicado a fondo a este asunto... ¡Incluso ha tomado nota de lo de las «fuerzas psíquicas»! Y, además, sus observaciones clínicas... Sin saberlo, he reclutado, a la chita callando, a un ayudante y consejero. Por otro lado —se rascó pensativo la cabeza con gestos nerviosos de la mano—, lo que ha alegado no es en sí tan insensato... Perdone, quiero decir, claro está, insensato desde el punto de vista médico. Curioso, muy curioso... Cuando recibí la exaltada carta de Edith, yo mismo me pregunté por un instante si, después de que usted le hiciera creer que la curación se acercaba con botas de siete leguas, no debía aprovechar esta apasionada predisposición... ¡No está nada mal pensado, mi querido colega! Sería un juego de niños poner este asunto en escena... La envié a Engadina, donde tengo un médico amigo y la dejamos en la feliz creencia de que se trata de la nueva cura, cuando en realidad es la antigua. De entrada, el efecto sería probablemente fantástico y recibiríamos un montón de cartas entusiastas y agradecidas. La ilusión, el cambio de aires y de lugar, el despliegue de nuevas energías, todo esto contribuiría de hecho a la curación y ayudaría a mantener la mentira. Al fin y al cabo, quince días en Engadina nos animarían sobremanera también a nosotros, a usted y a mí. Pero yo, mi querido teniente, como médico no debo pensar sólo en el comienzo, sino también en la continuación y, sobre todo, en el resultado final. Debo tomar en cuenta la recaída, que, dadas esas esperanzas insensatamente exageradas, sería inevitable. ¡Sí señor, inevitable! También como médico, soy y seré un jugador de ajedrez, un juego de paciencia, no puedo entregarme a un juego de azar, y menos cuando es otro quien tiene que pagar la apuesta. — Pero... Pero usted también es de la opinión que se podría conseguir una mejoría sustancial... —Cierto..., en el primer asalto avanzaríamos un buen trecho. Porque las mujeres reaccionan siempre de modo sorprendente a los sentimientos y las ilusiones. Pero imagínese la situación dentro de unos meses, cuando las llamadas fuerzas psíquicas de las que hablábamos se han agotado, la voluntad fustigada se ha consumido, el entusiasmo se ha disipado y al cabo de semanas y semanas de tensión agotadora, no se produce la curación, esa curación total con la que ella cuenta ahora

como cosa cierta... ¡Por favor, imagínese el efecto catastrófico en una criatura sensible y ya bastante consumida por la impaciencia! Porque no se trata en nuestro caso de una pequeña mejora, sino de algo fundamental: cambiar el método lento y más seguro de la paciencia por el temerario y peligroso de la impaciencia. ¿Cómo iba a seguir teniendo confianza en mí, o en cualquier otro médico, o en cualquier persona, si descubre que ha sido engañada a propósito? Mejor, pues, decir la verdad, por cruel que parezca: en medicina el bisturí es a menudo el método más suave. ¡No lo demoremos! No podría responder por semejante alevosía con la conciencia tranquila. Piénselo usted mismo. ¿Tendría el valor de hacerlo, en mi lugar? —Sí— respondí sin vacilar y al instante me asusté de esta palabra precipitada—. Quiero decir... —añadí cauteloso—, le confesaría la verdad de todo sólo cuando por lo menos se hubiera avanzado algo... Perdone, doctor... suena bastante arrogante..., pero usted no ha podido observar como yo en estos últimos días hasta qué punto estas personas necesitan algo para seguir adelante, y... cierto, hay que decirles la verdad... pero sólo cuando la puedan soportar..., no ahora, doctor, se lo suplico..., no ahora..., no enseguida. Vacilé. Me confundió el asombro lleno de curiosidad de su mirada. —¿Pues, cuándo...? —reflexionó—. Y, sobre todo, ¿quién se arriesgará a decirselo? En un momento dado esa explicación se hará necesaria y entonces el desengaño será cien veces más peligroso, incluso fatal. ¿De verdad asumiría usted semejante responsabilidad? —Sí— dije con firmeza (creo que sólo el temor de tener que ir de inmediato con él me inspiró esta repentina decisión)—. Asumo plenamente esta responsabilidad. Sé con seguridad que ahora sería una ayuda inmensa para Edith si de momento, se le dejara esa esperanza en una curación total y definitiva. Si luego surge la necesidad de explicar que nosotros..., que yo tal vez le había prometido demasiado, lo reconoceré honradamente, y estoy convencido de que ella lo comprenderá. Condor me miró fijamente. —¡Caray! —masculló luego—. Usted se ve capaz de todo. Y lo más notable es que nos contagia a los demás con su fe en Dios: primero a ellos y ahora, me temo, poco a poco a mí también... Bien, si realmente asume esta responsabilidad de devolver el equilibrio a Edith, si se produjera una crisis, entonces... Entonces, claro está, el asunto tomará un cariz distinto..., entonces quizá podríamos correr el riesgo de esperar unos días, hasta que sus nervios se asentaran un poco... ¡Pero este compromiso no tiene vuelta atrás, teniente! Es mi deber advertirle antes a conciencia. Los médicos estamos obligados, antes de una operación, a llamar la atención de los interesados sobre los posibles peligros... Prometer a una niña inválida desde hace mucho tiempo que se curará del todo en breve representa una intervención de no menor responsabilidad que si se hiciera con el escalpelo. Piense con detenimiento en el compromiso que contrae, hace falta una fuerza enorme para infundir ánimos de nuevo a una persona que ha sido engañada una vez. No me gustan las vaguedades. Antes de desistir de mi propósito de explicar enseguida y honradamente a los Kekesálva que ese método es inaplicable en nuestro caso y que lamentamos tener que pedirles todavía mucha paciencia, debo saber si puedo confiar en usted. ¿Puedo contar sin falta con que no me dejará luego en la estacada? —Puede confiar en mí. —Bien. —Condor apartó la copa de un golpe. No habíamos bebido una sola gota—. O, mejor dicho, esperemos que salga bien, pues no me siento muy cómodo con este aplazamiento. Le diré ahora hasta dónde llegaré: ni un paso más allá de la verdad. Le aconsejaré una cura en Engadina, pero le explicaré que el método de Viennot no está en absoluto experimentado y subrayaré explícitamente que ninguno de los dos debe esperar milagros. Si, a pesar de todo, y por confiar en usted, se ofuscan en esperanzas absurdas, será cosa suya, suya, poner en claro este asunto. Lo ha prometido. Quizás incurro en un cierto riesgo confiando más en usted que en mi conciencia médica..., pero, bueno, lo asumiré. Al fin y al cabo, ambos queremos lo mejor para esta pobre enferma. Condor se levantó. —Como le he dicho, cuento con usted si llegara a producirse una crisis de desengaño. Ojalá su impaciencia consiga más que mi paciencia. Concedamos, pues, a la pobre criatura unas semanas más de confiado optimismo. Y si mientras tanto logramos realmente avanzar un trecho razonable, será usted quien la habrá ayudado y no yo. ¡Hecho! Es hora de que me vaya. Ahí fuera me están esperando. Salimos del local. El coche lo aguardaba en la puerta. En el último momento, cuando Condor ya había subido, moví los labios como para volverlo a llamar. Pero los caballos ya empezaban a tirar. El coche y, con él, lo irrevocable, había emprendido la marcha. Tres horas más tarde encontré sobre mi mesa del cuartel un billete, escrito a toda prisa y traído por el chofer. «Venga mañana lo antes posible. Hay muchísimas cosas que contar. El doctor Condor acaba de estar aquí. Dentro de diez días salimos de viaje. Soy tremendamente feliz. Edith.» Es curioso que precisamente esa noche cayera en mis manos aquel libro. En general, yo no era muy dado a la lectura, y en la desvencijada estantería de mi castrense habitación sólo había los seis u ocho volúmenes militares, como el Reglamento y el Organigrama del ejército, que para nosotros son el alfa y el omega, junto a dos docenas de clásicos que, desde la escuela de cadetes, llevaba conmigo a todas las guarniciones, sin haberlos abierto jamás..., quizá sólo para dar una sombra y una apariencia de propiedad personal a esas habitaciones extrañas y desnudas en las que estaba obligado a vivir. Mezclados con ellos, había también otros libros mal impresos y mal encuadernados, con las páginas aún a medio cortar, que habían llegado a mí de modo curioso. Es el caso que a veces aparecía en nuestro

café un vendedor ambulante, bajito y jorobado, de ojos legañosos y singularmente lastimeros, que con apremiante insistencia ofrecía papel de carta, lápices y literatura barata, sobre todo libros para los que esperaba hallar compradores en los círculos de caballería: la llamada literatura galante, como las aventuras amorosas de Casanova, el Decamerón, las memorias de una cantante o divertidas historias de cuarteles. Por compasión —¡siempre por compasión! — y quizá también para defenderme de su melancólica impertinencia, le había comprado en distintas ocasiones tres o cuatro de esos cuadernos pringosos y mal impresos y los había dejado abandonados en el estante. Aquella noche, sin embargo, cansado y a la vez con los nervios a flor de piel, incapaz de dormir e incapaz asimismo de pensar racionalmente, busqué alguna lectura para distraerme y adormilarme. Con la esperanza de que esos relatos ingenuos y coloristas, de los que guardaba un vago recuerdo desde la infancia, ejercieran sobre mí el mejor efecto narcótico, escogí el volumen de Las mil y una noches. Me eché en la cama y empecé a leer en aquel estado de somnolencia en que uno se siente demasiado perezoso para pasar hojas y por pura comodidad prefiere saltar una página que casualmente todavía no está cortada. Leí el comienzo de la historia de Sherezade y el rey con atención fatigada y seguí leyendo y leyendo. Pero, de pronto, me sobresalté. Había llegado al extraño cuento del joven que ve tendido en el camino a un anciano tullido y, al leer esta palabra, «tullido», algo así como un dolor agudo me hizo dar un respingo; como un leño ardiendo, la repentina asociación de ideas me había tocado un nervio. En la historia, el anciano tullido llama desesperado a un joven, le dice que no puede caminar y le pide que lo lleve a hombros. Y el joven siente compasión —compasión, necio, ¿por qué sientes compasión?, pensé—, en efecto se inclina caritativo y sube al viejo a cuestras. Pero el anciano en apariencia desvalido era un djin, un espíritu maligno, un mago infame, y apenas se sentó en los hombros del joven, apretó con fuerza sus muslos peludos y desnudos alrededor de la garganta de su benefactor, quien ya no pudo quitárselo de encima. Implacable, convirtió al caritativo joven en su montura; el cruel y despiadado viejo siguió pegando al compasivo joven sin darle reposo. Y el desdichado se vio obligado a llevarlo a donde el otro quería y desde entonces quedó desposeído de voluntad propia. Se convirtió en la cabalgadura, en el esclavo del miserable viejo y, aunque las rodillas le flaquearan y los labios se consumieran de sed, ese loco de la compasión tuvo que seguir trotando y trotando y llevar a cuestras como a su destino al malvado, astuto e infame viejo. Me detuve. El corazón me latía como si quisiera saltar del pecho, pues, mientras leía, de repente vi en una visión insoportable al desconocido y astuto viejo, lo vi primero tendido en el suelo y levantando los ojos llenos de lágrimas para implorar ayuda al compasivo joven, y lo vi después montado sobre sus hombros. Aquel djin tenía el pelo blanco, peinado con raya en medio, y llevaba gafas doradas. Con la misma rapidez con que sólo los sueños saben evocar y mezclar imágenes y rostros, instintivamente había atribuido al anciano del cuento el rostro de Kekesfalva y yo mismo me había convertido de pronto en la infeliz cabalgadura, que él azuzaba con el látigo, e incluso sentía tan real la presión alrededor de la garganta, que se me cortó la respiración. Me cayó el libro de las manos, me quedé tendido, frío como el hielo, y oí los latidos de mi corazón golpeando las costillas como contra madera dura; y todavía durante el sueño la furibunda carrera prosiguió a todo galope, no sabía hacia adónde. Cuando me desperté al día siguiente con los cabellos empapados, estaba cansado y exhausto como después de una larga caminata. De nada sirvió que por la mañana saliera a cabalgar con los compañeros, que cumpliera mi servicio atento y espabilado, conforme a las ordenanzas; apenas emprendí por la tarde el ineludible camino hacia el castillo, sentí de nuevo sobre los hombros aquella carga fantasmagórica, porque en mi atribulada conciencia intuía que la responsabilidad que ahora iba a asumir era nueva y sería inmensamente ardua. Aquella noche en el banco del parque, cuando había dejado entrever al anciano padre la pronta curación de su hija, mi exageración no fue sino un modo compasivo de no decir la verdad, involuntariamente y aun a disgusto, pero no era todavía un engaño consciente, no era una burda mentira. Pero en adelante, sabiendo que no era de esperar una pronta curación, había de simular una actitud fría, consecuente, calculadora y tenaz, debía mentir con semblante impenetrable, con voz convencida, como un taimado criminal que maquina refinadamente, durante semanas y meses, los detalles de su fechoría y de su defensa. Por primera vez empecé a comprender que los peores males de este mundo no son los causados por la maldad y la brutalidad, sino los causados por la debilidad. Luego, en casa de los Kekesfalva todo ocurrió exactamente igual como yo había temido: apenas puse el pie en la terraza de la torre, el recibimiento fue entusiasta. A propósito había traído flores, para desviar de mi persona las primeras miradas. Pero, después de un brusco «Por el amor de Dios, ¿por qué me trae flores? ¡No soy una prima donna!», tuve que sentarme ya al lado de la impaciente enferma, y ella se puso a hablar sin parar. Con cierto tono de alucinación en la voz empezó a contar y contar que el doctor Condor —«¡Oh, ese hombre magnífico, único!»— le había infundido nuevos ánimos. Dentro de diez días partirían para Suiza, a un sanatorio de Engadina. ¿Para qué perder un día más, ahora que por fin se iba a abordar el asunto de forma tajante? Siempre había tenido la corazonada de que hasta entonces se había acometido desde el lado equivocado, que no se había avanzado nada con todos aquellos dispositivos eléctricos, masajes y demás aparatos estúpidos. ¡Por

Dios que ya iba siendo hora! Por dos veces — nunca me lo había confesado — había intentado poner fin a su vida, y las dos en vano. Que nadie podía vivir a la larga en estas condiciones, sin poder estar sola ni una hora, siempre dependiendo de otros para cada movimiento, para cada paso, siempre espiada y vigilada y, encima, atormentada por la sensación de ser una mera carga para los demás, una pesadilla, algo insoportable. Sí, ya era hora, no había tiempo que perder, pero yo mismo vería, ahora que las cosas se iban a hacer bien, lo rápido que iría su curación. ¡De qué servían todas aquellas pequeñas mejorías tontas, que no mejoraban nada! Había que curarse por completo, de lo contrario no se estaba sano. ¡Ah, el mero presentimiento ya era maravilloso, qué maravilloso...! Y así siguió y siguió, un torrente de éxtasis, impetuoso burbujeante, centelleante. Me sentía como un médico que escucha las fantasías febriles de una alucinada, mientras cuenta de nuevo, desconfiado, con la insobornable manecilla del reloj, las pulsaciones aceleradas, porque le preocupa ese ardor inflamado, que él considera la más concluyente prueba clínica de un trastorno mental. Cada vez que, como leve espuma, una risa loca se desbordaba del torrente de su narración, yo me estremecía, porque sabía lo que ella ignoraba: sabía que ella se engañaba, que nosotros la engañábamos. Cuando al fin se calló, tuve la misma sensación del que se despierta sobresaltado de noche en un tren en marcha, porque las ruedas se paran de repente. Pero fue ella misma quien se interrumpió bruscamente. —Bueno, ¿qué dice usted a todo esto? ¿Por qué se queda ahí mudo y tan embobado, perdón, tan asustado? ¿Por qué no dice nada? ¿No se alegra conmigo? Me sentí atrapado. Era ahora o nunca el momento de encontrar el tono cordial, de correcto entusiasmo. Pero yo no era sino un novato deplorable en decir mentiras, no dominaba todavía el arte del engaño consciente. De modo que apenas balbuceé unas palabras: —¿Cómo puede usted decir eso? Lo que pasa es que estoy de lo más sorprendido..., tiene que comprenderlo... En Viena, cuando alguien tiene una gran alegría, decimos que «se queda sin habla»... Claro que me alegro, y mucho, por usted. A mí mismo me repugnó la frialdad y el artificio de esas palabras. También ella debió de notar al instante mi inhibición, porque cambió inmediatamente de actitud. Algo parecido al mal humor de alguien al que se despierta sacudiéndolo de un sueño oscureció su arrobamiento; los ojos, que un momento antes centelleaban de entusiasmo, de repente se endurecieron, y el arco entre las cejas se tensó como un arco a punto de disparar. —¡Pues no he notado mucho su gran alegría! Percibí muy bien su tono ofensivo y traté de calmarla. —Pero criatura... Pero ella se irguió de golpe. —No me llame «criatura». Ya sabe que no lo soporto. Porque, ¿cuántos años me lleva usted? Quizás aún me pueda permitir extrañarme de que usted no se haya mostrado sorprendido y sobre todo no... no muy interesado. Aunque, por otra parte, ¿por qué no tendría usted que alegrarse? Al fin y al cabo usted también tendrá vacaciones cuando se cierre este cuchitril por unos meses. Entonces podrá volver tranquilamente al café con sus camaradas y jugar a cartas, libre de esta aburrida obligación de samaritano. Sí, sí, ya lo creo que se alegra. Ahora viene una temporada tranquila para usted. Había algo tan rudo y contundente en su voz, que sentí el golpe hasta el fondo de mi mala conciencia. Sin duda debí de haberme traicionado. Para cambiar de tema —pues sabía lo peligrosa que era su irritabilidad en semejantes momentos—, traté de dar un tono jovial a la disputa. —Temporada tranquila... ¡Qué sabrá usted! Julio, agosto y septiembre, ¡una temporada tranquila para los de caballería! ¿No sabe que para nosotros es la temporada alta, que trabajamos como negros y recibimos toda clase de reprimendas? Primero, los preparativos para las maniobras, luego aquí o allá, a Bosnia o Galitzia, a continuación las propias maniobras y los grandes desfiles, oficiales nerviosos, tropas cansadas, servicio extraordinario en su más pura esencia de la mañana a la noche. Y este baile dura hasta muy entrado el mes de septiembre. —¿Hasta fines de septiembre? —De pronto se volvió pensativa. Algo parecía rondarle la cabeza—. Pero, ¿cuándo... —empezó a decir después—... cuándo irá, pues? No la entendí. De veras que no comprendí lo que quería decir, y pregunté con toda ingenuidad: —¿Ir adónde? Enseguida sus cejas volvieron a ponerse tensas. —¡No haga siempre preguntas tan necias! ¡A visitarnos! ¡A visitarme! —¿A Engadina? —¿Dónde, si no? ¿A Jauja, acaso? Entonces entendí lo que quería decir. Me había resultado, en efecto, demasiado absurda la idea de que yo, que acababa de gastar mis últimas siete coronas en aquellas flores y para quien cada escapada a Viena significaba un lujo a pesar de pagar sólo medio billete, pudiera permitirme un viaje a Engadina como si nada. —Sí, en eso se ve la idea que tienen los civiles del ejército —dije riendo con toda sinceridad—. Café y billar, pasear por la calle mayor y, cuando a uno se le antoja, vestir de paisano y correr mundo durante unas semanas. Muy fácil, es como salir a dar una vuelta. Uno se lleva dos dedos a la gorra y dice: «Adiós, coronel, no estoy de muy buen humor para seguir jugando a los soldados. Nos volveremos a ver cuando vuelva a tener ganas.» ¿Tiene idea de la vida que arrastramos? ¿Sabe usted que, para disfrutar de una sola hora de libertad fuera de turno, tenemos que ponernos corbata y, a la hora del parte, pegar un fuerte taconazo y presentar la solicitud con un sumiso «a sus órdenes»? Sí señor, un montón de teatro y de ceremonias por una sola hora. Y para un día entero hace falta por lo menos que muera una tía o entierren a alguno de la familia. Me gustaría ver la cara del coronel si, en mitad de las maniobras, le comunicara sumisamente que me venía en gana irme ocho días de permiso a Suiza. El buen hombre soltaría cuatro expresiones que no encontrará

usted en ningún diccionario decente. No, mi querida señorita Edith, a usted le parece demasiado fácil. —¡Bah, todo es fácil cuando realmente se quiere! No presume de ser imprescindible. En su ausencia otro instruiría a sus pedazos de bruto rutenos. Además, eso del permiso lo arregla papá en media hora. Conoce a una docena de cargos en el Ministerio de la Guerra y, con una palabra de arriba, usted consigue lo que quiera... Por otro lado, no le hará ningún daño por una vez ver otras cosas del mundo que no sean el picadero y el campo de maniobras. No me venga, pues, con excusas. Todo arreglado. Papá se encargará. Fue una tontería por mi parte, pero aquel tono indulgente me irritó. No en vano unos cuantos años de servicio militar le inculcan a uno una cierta conciencia de clase. Me sentí denigrado porque una mocita inexperta dispusiera con altivez de los generales del Ministerio de la Guerra —para nosotros, una especie de dioses azules— como si fueran empleados de su papá. Con todo, a pesar de mi enojo, mantuve el tono desenfadado de la conversación. —Muy bien: Suiza, permiso, Engadina... No está mal. Por mí, magnífico, si, como usted se imagina, me lo sirven en bandeja, sin que yo tenga que pedirlo «a sus órdenes, su seguro servidor». Pero, además, haría falta que su señor padre hiciera cosquillas a los del Ministerio de la Guerra y les sacara, aparte del permiso, una bolsa de viaje especial para el señor teniente Hofmiller. Ahora fue ella la que se quedó pensativa. Notó en mis palabras algo oculto que no entendía. Las cejas se tensaron aún más encima de sus ojos inquietos. Comprendí que debía expresarme con más claridad. —Seamos razonables, criatura... Perdón, seamos razonables, señorita Edith. La cosa no es tan sencilla como usted cree. Dígame, ¿ha pensado alguna vez lo que cuesta una escapada como ésta? —Ah, se refiere a eso —dijo con toda candidez—. No puede ser mucho. Unos cientos de coronas, a lo sumo. No puede ser importante. Entonces no pude contener por más tiempo mi enojo, pues había tocado mi punto débil. Creo haber dicho ya cuánto me vejaba formar parte de los oficiales de nuestro regimiento que no tenían un céntimo de patrimonio propio y depender exclusivamente del sueldo y de la subvención, bastante roñosa, de mi tía; ya en nuestro estrecho círculo me ponía enfermo que alguien hablara despectivamente del dinero en mi presencia, como si creciera entre los abrojos. Era mi punto vulnerable. Aquí era yo el inválido, era yo quien necesitaba muletas. Sólo por eso me sublevó tan desproporcionadamente el que aquella niña mimada y malcriada, que sufría a su vez los horrores de su postergación, no comprendiera la mía. Contra mi voluntad, fui casi grosero. —¿Unos cientos de coronas, a lo sumo? Una bagatela, ¿verdad? Una nimiedad insignificante para un oficial. Y usted, claro está, encuentra mezquino por mi parte que mencione una ridiculez como ésta. ¿No es verdad? ¡Mezquino, tacaño, roñoso! Pero ¿ha pensado alguna vez de qué tenemos que vivir nosotros? ¿Con qué tenemos que conformarnos y apechugar? Y como ella siguió observándome con aquella mirada crispada y, según creí en mi estupidez, despectiva, me asaltó de pronto la necesidad de exponerle toda mi pobreza. Igual que aquel día, con la intención de atormentarnos, ella había cruzado la habitación cojeando ante nosotros, los sanos, y vengarse con este espectáculo desafiante de nuestra confortable salud, también yo experimenté una especie de alegría rabiosa desnudando a sus ojos como un exhibicionista la estrechez y la dependencia de mi vida. —¿Sabe acaso cuál es la paga de un teniente? —le espeté—. ¿Ha pensado alguna vez en ello? Pues, para que lo sepa, doscientas coronas cada primero de mes para los treinta o treinta y un días, con la obligación, además, de vivir «conforme a su rango». Con esta limosna tiene que pagar la comida, la habitación, el sastre, el zapatero y su lujo «conforme al rango». Por no hablar, Dios nos libre, de si le ocurre algo al caballo. Si ha sabido administrarse con éxito, todavía le quedan algunos céntimos para regalarse a cuerpo de rey en aquel café paradisiaco con el que usted siempre me hace burla. Allí, si ha ahorrado de veras como un jornalero, puede adquirir todas las delicias de este mundo junto a una taza de café con leche. Hoy sé que fue una necedad y una felonía dejarme arrastrar de tal modo por mi sinsabor. ¿Qué podía saber del valor del dinero, de la paga y de nuestra esplendorosa miseria, una niña de diecisiete años, mimada y criada sin contacto con el mundo, esa inválida, siempre confinada en su habitación? Pero el deseo de vengarme una vez en alguien por un sinfín de pequeñas humillaciones me había atacado, por decirlo así, a traición, y agredí a ciegas, sin pensar, como se golpea siempre cuando se está dominado por la furia, sin sentir la fuerza de los golpes en la propia mano. Pero, apenas levanté la vista, comprendí la brutalidad animal de mi embestida. Con la sensibilidad propia de los enfermos, ella se había dado cuenta enseguida de que me había herido, sin saberlo, en el punto más sensible. Se ruborizó sin poderlo evitar, y yo vi cómo quiso disimularlo poniéndose rápidamente la mano delante del rostro; era evidente que un pensamiento agolpaba la sangre en sus mejillas. —¿Y... y a pesar de todo, me compra flores tan caras? Siguió entonces un silencio embarazoso, que se prolongó durante un buen rato. Ella me hacía sentirme avergonzado y yo la hacía sentirse avergonzada. Nos habíamos herido sin proponérselo y temíamos cada nueva palabra. De repente se oyó el viento, que soplaba cálido entre los árboles, y abajo en el patio el cacarear de las gallinas, y a lo lejos, de vez en cuando, el apagado rodar de un coche en la carretera. Pero entonces ella cobró ánimos de nuevo. —Y yo soy tan tonta que me presto a sus desatinos. Soy realmente estúpida, porque incluso me pongo furiosa. En definitiva, ¿qué puede importarle a usted lo que cueste este viaje? Si va a visitarnos, por supuesto será nuestro invitado. ¿Cree usted que papá permitiría, si usted

tiene realmente la gentileza de visitarnos..., que encima corriera con los gastos? ¡Qué tontería! Y yo dejo que se burle de mí... No hablemos más de ello... No, basta, ni una palabra más, he dicho. Pero éste era el punto en el que yo no podía ceder, pues, como he dicho antes, nada me resultaba más insoportable que la idea de pasar por gorrón. —¡Sí! ¡Una palabra más! No quiero que haya malentendidos. De modo que hablemos sin rodeos: no permitiré que pidan permiso para mí al regimiento, no permitiré que cubran mis gastos. No me gusta pedir excepciones ni privilegios. Quiero formar con mis otros compañeros, no quiero favores ni padrinos. Sé que lo dice con buena intención y su padre también. Pero algunas personas no pueden aceptar que se les sirva en bandeja todo lo bueno de la vida... No hablemos más de ello. —¿O sea, que no quiere ir? —No he dicho que no quiera. Le he explicado con toda claridad por qué no puedo. —¿Ni siquiera si mi padre se lo pide? —Tampoco. —¿Y si... se lo pido yo? ¿Si se lo pido de corazón, si se lo pido por amistad? —No lo haga. No tendría sentido. Inclino la cabeza. Pero yo ya había observado el espasmódico y tempestuoso temblor alrededor de su boca, que infaliblemente anunciaba una peligrosa irritación. Esta pobre niña mimada, cuyos menores deseos eran obedecidos sin pestañear en la casa, acababa de experimentar algo nuevo: había encontrado resistencia. Alguien le había dicho «no», y esto la enfurecía. Agarró de un tirón mis flores de la mesa y las arrojó por encima de la balastrada trazando un furioso arco en el aire. —Bien —masculló luego entre dientes—. Por lo menos ahora sé hasta dónde llega su amistad. Me alegro de haberlo comprobado. Sólo porque unos camaradas podrían irse de la lengua en el café, usted se escuda tras pretextos. Sólo por miedo de que en el regimiento le pongan una mala nota en conducta, estropea una alegría a sus amigos... ¡Pero, bien! ¡Se acabó! No seguiré mendigando. ¿No le viene en gana? Pues, bien. ¡Se acabó! Noté que su irritación aún no había desaparecido del todo, pues repitió ese «bien» una y otra vez con tenaz insistencia; al mismo tiempo apoyó ambas manos con fuerza en los brazos del sillón para enderezar su cuerpo, como preparándose para atacar. De repente se dirigió a mí en tono enérgico: —Bien. Asunto concluido. Nuestra más sumisa solicitud ha sido rechazada. No irá a visitarnos, no quiere visitarnos. No le viene en gana. ¡Bien! Sabremos sobrellevarlo. Al fin y al cabo, ya nos hemos arreglado antes sin usted... Pero quisiera saber una cosa más. ¿Me contestará con toda sinceridad? —Por supuesto. —Pero de verdad. ¿Palabra de honor? Déme su palabra de honor. —Si tanto insiste... palabra de honor. —Bien. Bien —repitió ese duro e incisivo «bien» como si cortara algo con un cuchillo—. Bien. No tema, no voy a insistir más en su ilustre visita. Sólo quisiera saber una cosa... Me ha dado su palabra. Sólo una cosa. A ver, no le viene en gana visitarnos porque le resulta desagradable, porque le incomoda... o por cualquier otra razón... ¿A mí qué me importa? Bien... bien. Asunto concluido. Pero ahora dígame con franqueza y con toda claridad: ¿por qué viene aquí? Estaba preparado para todo, excepto para esta pregunta. En mi confusión, balbuceé para ganar tiempo y preparar la respuesta: —Pues... Pues es muy sencillo... Para eso no hacía falta dar mi palabra de honor. —¿Ah, sí...? ¿Sencillo? ¡Bien! ¡Mucho mejor! Adelante, pues. Ahora ya no había escapatoria. Lo más sencillo era decir la verdad, pero enseguida comprendí que tenía que estilizarla del modo más cauto posible. Así pues, empecé con aparente naturalidad: —Pero, mi querida señorita Edith..., no busque en mí, móviles ocultos. Después de todo, me conoce lo suficiente para saber que no soy de los que reflexionan demasiado sobre sí mismos. Le juro que nunca se me había pasado por la cabeza plantearme por qué visito a éste o a aquél, por qué aprecio a unos y a otros no. Palabra de honor, no puedo decirle nada más sensato y más banal que esto: que frecuento esta casa porque me gusta venir y porque aquí me siento cien veces mejor que en cualquier otra parte. Creo que ustedes se imaginan nuestro mundo de la caballería un poco demasiado como algo de opereta siempre elegante, siempre divertido, una kermes eterna. Pues yo le digo que desde dentro las cosas no se ven tan bonitas y la tan elogiada camaradería es a veces puro cacareo. Dondequiera que unas docenas de hombres estén uncidos al mismo carro, siempre hay uno que tira con más fuerza que otro, y dondequiera que haya ascensos y escalafones, es fácil que uno ponga la zancadilla al que va delante. Hay que andar con cuidado con cada palabra que se dice, porque nunca se puede estar seguro del todo de no molestar a los peces gordos; el cielo siempre amenaza tormenta. Servicio viene de servir, y servir significa depender. Y luego, un cuartel y una mesa de café no son, a pesar de todo, un auténtico hogar; nadie necesita de nadie y a nadie le importa nada. Sí, sí, a veces es divertido salir de juerga con los compañeros, pero nunca se llega a tener una sensación de absoluta seguridad. En cambio, cuando vengo aquí, dejo a un lado, junto con el sable, todos estos escrúpulos y cuando charlo tan agradablemente con ustedes, entonces... —Entonces... ¿qué? —lanzó estas palabras con impaciencia. —Entonces... pues, usted quizás encontrará un poco atrevido que lo diga tan francamente..., entonces me convenzo de que a ustedes les gusta verme aquí, de que formo parte de este lugar, donde me encuentro más en casa que en cualquier otro sitio. Cada vez que la miro a usted, tengo la sensación... Me interrumpí involuntariamente, pero ella repitió al instante con la misma impetuosidad: —Venga, diga, ¿qué pasa cuando me ve? —...la sensación de que hay alguien para quien no soy tan superfluo como para los míos... Sí, ya sé que no valgo gran cosa, a veces hasta a mí me asombra que no les aburra después de tanto tiempo... A menudo..., no sabe cuán a menudo he tenido miedo

de que estén ya hartos de mí..., pero luego me acuerdo de cuán sola está usted aquí, en este caserón vacío y de que se alegra cuando alguien les visita. Y esto, sabe usted, me devuelve los ánimos... Cada vez que la encuentro en su torre o en su habitación, me convengo de que valía la pena haber venido a pesar de todo, en vez de dejarla todo el día sola. ¿De veras no entiende esto? Pero entonces ocurrió algo inesperado. Los ojos grises se quedaron fijos, como si algo en mis palabras hubiera convertido en piedras sus pupilas. En cambio, poco a poco los dedos se volvieron inquietos, palparon los brazos del sillón de arriba abajo y empezaron a tamborilear sobre la lisa madera, primero con suavidad, luego cada vez con más viveza. La boca se contrajo levemente, y de pronto dijo en tono abrupto: —Sí, lo entiendo. Entiendo muy bien lo que quiere decir... Creo que... creo que ahora ha dicho realmente la verdad. Se ha expresado de modo muy, muy cortés, dando muchos rodeos. Pero le he entendido perfectamente, con toda exactitud... Dice que viene porque yo estoy tan «sola»..., esto significa, dicho en plata: porque estoy clavada en esta maldita tumbona. Es sólo por esto, pues, por lo que sale todos los días, para hacer de samaritano caritativo con «la pobre niña enferma»..., que es como seguramente me llaman cuando no estoy presente, lo sé, lo sé. Viene sólo por compasión, sí, sí, le creo... ¿Por qué quiere negarlo ahora? Usted es lo que se llama una «buena» persona y le gusta que mi padre lo considere como tal. Las «buenas personas» se compadecen de cualquier perro apaleado y de cualquier gato sarnoso..., ¿por qué no, también, de una inválida? Y de pronto se contorsionó, un espasmo recorrió todo su desmañado cuerpo. —Pero ¡muchas gracias! Me río de esa clase de amistad, que se me brinda sólo por mi invalidez.. Sí, no ponga esos ojos compungidos. Claro, ahora lamenta que se le haya escapado la verdad, lamenta haber confesado que viene sólo porque «le doy lástima», como decía aquella pobre criada, con la diferencia de que ella lo decía franca y llanamente, usted, en cambio, como «buena persona» se expresa con muchos más miramientos, con más «delicadeza», con rodeos: porque me paso el día entero aquí acurrucada y tan sola. Sólo por compasión, hace tiempo que lo noto en todo mi cuerpo, viene sólo por compasión y todavía quisiera que lo admiraran por su misericordioso espíritu de sacrificio..., pero lo siento, no quiero que nadie se sacrifique por mí. No se lo permito a nadie, y menos a usted... Se lo prohíbo, me oye, se lo prohíbo... ¿Cree usted que de verdad necesito tenerles aquí sentados, con sus miradas «compasivas», húmedas y esponjadas y su cháchara «considerada»...? No, gracias a Dios no les necesito, a ninguno... Me basto a mí misma, saldré adelante yo sola, y si no mejoro, ya sé cómo librarme de ustedes... ¡Mire! —Y me tendió bruscamente la palma de la mano—. ¡Mire la cicatriz! Ya lo intenté una vez, pero fui demasiado torpe y no acerté el pulso con la tijera sin punta. ¡Fue un fastidio que llegaran a tiempo para vendarme, de lo contrario ya me habría librado de todos ustedes y de su miserable compasión! Pero la próxima vez lo haré mejor, pierda cuidado. No crea que estoy a su merced, completamente indefensa. ¡Prefiero reventar a inspirar lástima! ¡Mire! —De pronto se echó a reír, con una risa cortante y dentada como una sierra—. Fíjese en lo que olvidó mi preocupado padre cuando mandó restaurar la torre para mí... Sólo pensó en que yo tuviera una hermosa vista... Mucho sol, mucho sol y aire puro, había dicho el médico. Pero a nadie se le ocurrió el buen servicio que un día podía prestarme esta terraza, ni a mi padre, ni al médico, ni al arquitecto... Mire abajo. —De pronto había apoyado los codos y con un movimiento brusco había lanzado su cuerpo vacilante hasta la balaustrada, a la que se aferró furiosamente con ambas manos—. Hay cuatro o cinco pisos hasta abajo, y abajo es todo piedra... Con esto basta... Y gracias a Dios tengo suficiente fuerza en los músculos para saltar por la barandilla... Sí, el andar con muletas refuerza los músculos. Basta un impulso y me libero de una vez de su maldita compasión, y todos se sentirán aliviados, papá, Ilona y usted..., todos a los que atormento como una pesadilla... Fíjese, es muy fácil, basta asomarse un poco y luego... Me puse en pie de un salto, aterrorizado, al ver que ella, con los ojos chispeantes, se inclinaba peligrosamente sobre la balaustrada, y corrí a cogerla por el brazo. Pero se estremeció como si un fuego le hubiera salpicado la piel y me gritó: —¡Déjeme...! ¡Cómo se atreve a tocarme...! ¡Fuera...! Tengo derecho a hacer lo que quiera. ¡Suélteme...! ¡Suélteme ahora mismo! Y como yo no la obedecí, antes bien traté de alejarla por la fuerza de la balaustrada, se volvió de repente y me propinó un golpe en el pecho. Y entonces ocurrió algo terrible. Con el golpe perdió el punto de apoyo y por tanto el equilibrio. Como cortadas por una guadaña, sus débiles rodillas cedieron completamente. Se desplomó de golpe y, como al caer quiso agarrarse a la mesa, la arrastró en su caída. Sobre ella y sobre mí, que había acudido en el último instante para tratar de sostenerla, mientras se tambaleaba por falta de agilidad, cayó con estrépito el jarrón, rompiéndose en mil pedazos, retumbaron los platos y las tazas y tintinearón las cucharillas; la campanilla de bronce golpeó ruidosamente contra el suelo y rodó por toda la terraza con su estruendoso badajo. Entretanto, la tullida se había derrumbado y había quedado tendida en el suelo hecho un desdichado e indefenso ovillo, un haz palpitante de ira, sollozando de rabia y de vergüenza. Traté de levantar aquel cuerpo liviano, pero se defendió chillando: —¡Fuera...! ¡Fuera...! ¡Fuera! ¡Bruto! ¡Animal! Y diciendo esto daba brazadas a su alrededor, tratando de levantarse sin mi ayuda. Cada vez que yo me acercaba para ayudarla, se retorció para resistir y me gritaba llena de loca e indefensa furia: —¡Déjeme...! ¡No me toque...! ¡Váyase! Nunca me había ocurrido una cosa



tan terrible. En aquel momento oímos un zumbido sordo a nuestras espaldas. Era el ascensor, que subía. Al parecer la campanilla había hecho suficiente ruido al rodar por el suelo para llamar al sirviente siempre alerta. Se acercó corriendo, bajando enseguida los turbados ojos discretamente, levantó del suelo con facilidad el convulsionado cuerpo —debía de estar acostumbrado a esta maniobra— y llevó a la sollozante enferma al ascensor. Un minuto después el ascensor volvía a zumbir hacia abajo; me quedé solo entre la mesa tumbada, las tazas rotas y los objetos desparramados en una maraña tal, que parecía como si un rayo hubiera caído del cielo sereno y los hubiera dispersado a todos lados con su explosión. No sé cuánto tiempo permanecí en la terraza, en medio de los platos y las tazas hechos añicos, completamente desconcertado por aquel arrebatado primitivo, para el cual no encontraba ninguna explicación. ¿Qué insensatez había dicho? ¿Con qué había provocado aquella furia inexplicable? Pero entonces oí de nuevo a mis espaldas el conocido ruido como el del tiro de chimenea; el ascensor volvía a subir y de nuevo se acercó Josef, el criado, con una sombra de notable tristeza sobre su rostro siempre bien afeitado. Pensé que subía sólo para limpiar y me sentí incómodo porque le estorbaba en medio de aquel montón de escombros. Pero se me acercó casi imperceptiblemente, con los ojos bajos, recogiendo al mismo tiempo una servilleta del suelo. —Disculpe, mi teniente —dijo con su voz discretamente baja, que parecía hablar siempre con una reverencia (ah, era un criado del viejo cuño austríaco)—. Permítame que le seque un poco, teniente. Entonces observé, siguiendo sus activos dedos, una gran mancha en mi guerrera y otra en mis pantalones claros de Pejacsevitch. Al parecer una de las tazas de té arrastradas en la caída me había salpicado mientras me inclinaba para ayudar a Edith a levantarse, pues el criado frotó con cuidado y secó con la servilleta las partes húmedas. Mientras se afanaba arrodillado delante de mí, yo observaba desde arriba su cabeza canosa de hombre bueno, con su permanente raya; no pude sustraerme a la sospecha de que el anciano se inclinaba tanto adrede, para que no le viera el rostro y la turbación de su mirada. —No, es inútil —dijo finalmente, afligido, sin levantar la cabeza—. Será mejor que mande al chófer al cuartel y que le traiga otra guerrera. El teniente no puede salir así. Pero, pierda cuidado, dentro de una hora todo se habrá secado y le plancharé los pantalones una vez limpios. Manifestó todo esto con un celo en apariencia puramente profesional, pero en su voz había un tono que traicionaba sus sentimientos y una cierta turbación. Y cuando le indiqué que no hacía falta, que mejor que llamara un coche por teléfono, porque de todos modos quería volver enseguida al cuartel, carraspeó de improviso y levantó implorantes sus bondadosos ojos, un tanto cansados. —Ruego al señor teniente que se quede todavía un rato. Sería terrible que el teniente se marchara ahora. Sé positivamente que la señorita se pondría muy furiosa, si el teniente no esperara un poco. La señorita Ilona está ahora con ella... y... la han acostado, pero la señorita Ilona me ha encargado que le diga que vendrá enseguida, que el teniente haga el favor de esperarla sin falta. A pesar mío, me conmoví. ¡Cómo querían todos a la enferma! ¡Cómo la mimaban y la disculpaban! Sentí el impulso irresistible de decir unas palabras cordiales a aquel bondadoso anciano que, asustado de su propio valor, volvía a limpiar con sorprendente diligencia mi guerrera. Le di unos leves golpecitos en el hombro. —Déjelo, Josef, no vale la pena. Con el sol se secará rápidamente y espero que su té no sea tan fuerte como para dejar una buena mancha. Déjelo, mi buen Josef. Será mejor que recoja la vajilla. Esperaré a que venga la señorita Ilona. —¡Oh, qué bien que el señor teniente quiera esperar! —respiró aliviado—. Y el señor Von Kekesfalva volverá enseguida también y a buen seguro se alegrará de saludar al señor teniente. Me ha encargado expresamente... Pero entonces se oyó crujir la escalera bajo unos pasos ligeros. Era Ilona. Cómo antes el criado, también ella mantuvo la mirada baja mientras se me acercaba. —Edith le ruega que baje un momento a su dormitorio. Sólo un momento. Me manda decirle que se lo ruega de todo corazón. Bajamos juntos por la escalera de caracol. No dijimos una sola palabra mientras atravesamos el recibidor y el segundo salón, hasta llegar al largo pasillo que por lo visto conducía a los dormitorios. A veces, casualmente, nuestros hombros se tocaban en aquel oscuro y estrecho paso, quizá también porque yo caminaba agitado e inquieto, Ilona se detuvo ante la segunda puerta lateral y susurró a mi oído en tono insistente: —Sea bueno con ella. No sé qué ha pasado allá arriba, pero conozco esos repentinos arrebatos suyos. Todos los conocemos. Sin embargo, no hay que tomárselos a mal, de veras que no. Nosotros no podemos siquiera imaginarnos lo que significa pasar todo el día echada, indefensa, desde la mañana hasta la noche. Es natural que el desasosiego se acumule en los nervios y de pronto estalle, sin que ella lo sepa o lo quiera. Pero, créame, después nadie se siente tan desdichado como ella, la pobre. Y precisamente cuando se siente tan avergonzada y se atormenta de este modo, hay que ser doblemente bueno con ella. No contesté. Tampoco hacía falta. Ilona debió de darse cuenta por sí sola de mi estado de agitación. Llamó suavemente a la puerta y, apenas llegó de dentro un tímido «adelante», me advirtió todavía con rapidez: —No se quede demasiado rato. Sólo un momento. Pasé la puerta, que se abrió sin hacer ruido. A primera vista no percibí sino una penumbra rojiza en la espaciosa habitación, oscurecida por unas cortinas de color naranja en las ventanas que daban al jardín; sólo después distinguí en el fondo el rectángulo más claro de una cama. De allí vino, tímida, la voz que me era tan familiar: —Por favor, siéntese aquí, en el taburete. Sólo lo retendré un minuto. Me

acerqué. Desde las almohadas resplandecía tenuemente el delgado rostro bajo la sombra de la cabellera. Una colcha de colores hacía trepar sus flores bordadas hasta casi el flaco cuello infantil. Edith esperaba con cierto recelo que me sentara. Sólo entonces su voz se atrevió a dejarse oír tínidamente. —Perdone que lo reciba aquí, pero estaba muy mareada..., no debí permanecer tanto tiempo fuera con este sol tan fuerte. Me turba siempre la cabeza... Creo de veras que no estaba en mis cabales cuando... Pero... pero... ¿verdad que lo olvidará todo? ¿No me tomará a mal mi impertinencia? Había un temor tan suplicante en su voz, que me apresuré a interrumpirla: —Pero ¿qué dice?... Fue culpa mía... No debí dejarla tanto tiempo bajo ese calor sofocante. —¿De verdad, pues, que no me lo toma a mal..., de verdad que no? —Ni pensarlo. —¿Y seguirá viniendo... como siempre? —Desde luego. Pero con una condición, claro. Me miró inquieta. —¿Qué condición? —Que me tenga un poco más de confianza y no se inquiete siempre por si me ha molestado u ofendido. Entre amigos, ¿a quién se le ocurren estos disparates? ¡Si usted supiera cómo cambia de aspecto cuando se toma las cosas con ánimo y nos hace feliz a todos, a su padre, a Ilona, a mí y a toda la casa! Ojalá hubiera podido verse anteayer en la excursión, qué contenta estaba, y todos nosotros con usted... Toda la noche estuve pensando en eso. —¿Estuvo toda la noche pensando en mí? —Me miró un tanto incrédula—. ¿De veras? —Toda la noche. Ah, es que fue un día que nunca olvidaré. ¡Todo el viaje fue maravilloso, maravilloso! —Sí —repitió ella, soñadora—, fue maravilloso, maravilloso...; primero el paseo por los campos, luego los potrillos y la fiesta del pueblo... ¡Todo fue maravilloso, de principio a fin! ¡Ah, debería salir más a menudo! Tal vez sea efectivamente esa estúpida reclusión en casa, ese absurdo encerrarme en mí misma, lo que me ha crispado de este modo los nervios. Pero tiene razón, siempre desconfío demasiado..., quiero decir, me pasa desde entonces. Antes... Dios mío, no recuerdo que jamás tuviera miedo de nadie... Es desde entonces que me he vuelto terriblemente insegura..., me imagino que todo el mundo está pendiente de mis muletas, que todos me compadecen... Ya sé que es una tontería, un orgullo estúpido e infantil, y que de este modo porfío contra mí misma, sé que se vuelve contra mí y no hace sino destrozarme los nervios. Pero ¿cómo no desconfiar, cuando esto dura una eternidad! ¡Ah, ojalá termine de una vez este horror, para que no me haga tan mala, tan perversa y tan colérica! —Pronto terminará. Tenga valor, sólo necesita un poco más de valor y de paciencia. Se incorporó ligeramente. —¿Cree... cree de veras que ahora con esta nueva cura realmente se terminará...? Figúrese, anteayer, cuando papá subió a verme, yo estaba más que convencida... Pero esta noche, no sé cómo se ha apoderado de mí el miedo de que el doctor se hubiera equivocado o que no me hubiera dicho la verdad, porque... porque me he acordado de algo. Antes yo confiaba en el doctor, el doctor Condor, como en Dios. Pero siempre ocurre lo mismo: primero el médico observa al paciente, pero cuando la cosa dura mucho, el enfermo aprende también a observar al médico, y ayer, y esto se lo cuento sólo a usted, ayer, mientras me examinaba, por momentos tuve la sensación de que..., ¿cómo se lo diría?... la sensación de que estaba representando una comedia... Me pareció tan inseguro, tan poco sincero, no tan franco y cordial como antes... No sé por qué, pero era como si por alguna razón se avergonzara ante mí... Naturalmente, me alegré muchísimo cuando después me dijo que quería mandarme enseguida a Suiza..., y, sin embargo, no sé en qué recóndito lugar de mi ser..., y se lo digo sólo a usted..., aparecía una y otra vez este miedo absurdo..., pero no se lo diga, por amor de Dios..., miedo de que algo no andaba bien con este nuevo tratamiento..., como si se burlara de mí..., o simplemente quisiera tranquilizar a papá... Ya ve usted que no acabo de librarme de esta horrible desconfianza. Pero ¿qué puedo hacer? ¡Cómo no voy a desconfiar de mí misma, de todos, cuando me han prometido tantas veces que esto se va a terminar pronto, y luego resulta que vuelve la lentitud, una lentitud terrible! ¡No, de verdad, no puedo soportar por más tiempo esta espera interminable! Se había incorporado con el acaloramiento, y sus manos empezaron a temblar. Me incliné rápidamente hacia ella. —¡No! ¡No... no se excite de nuevo! Recuérdelo, me lo acaba de prometer... —Sí, sí, tiene razón. No sirve de nada atormentarse, con ello sólo se logra atormentar a los demás. Y los demás, ¿qué pueden hacer? Bastante carga significa en su vida... Pero no, no quería hablar de esto, de verdad, no quería... Sólo quería darle las gracias por no tomar a mal mi estúpido arrebató y... por ser tan bueno conmigo..., tan... tan conmovedoramente bueno, sin que yo lo merezca, y porque en cambio yo le... precisamente a usted... Pero, no hablemos de ello, ¿de acuerdo? —De acuerdo. Cuento con ello. Y ahora descanse todo lo que pueda. Me levanté para darle la mano. Ofrecía un aspecto enternecedor, sonriéndome desde las almohadas, medio temerosa todavía y medio tranquilizada ya: una niña, una niña antes de acostarse. Todo estaba bien, la atmósfera se había serenado como el cielo después de una tormenta. Me acerqué a ella con toda naturalidad y casi contento. Pero ella se sobresaltó de repente. —¡Por todos los santos! ¿Qué le ha pasado a su uniforme? Se había dado cuenta de las grandes manchas húmedas en mi uniforme; consciente de su culpabilidad, debió de recordar que sólo las tazas arrastradas en su caída podían haber causado semejante accidente. Sus ojos se escondieron inmediatamente bajo los párpados y la mano, ya extendida, se retrajo atemorizada. Pero precisamente el que tomara tan en serio esta pueril nimiedad me emocionó; para tranquilizarla me refugié en un tono desenfadado. —Oh, no es nada —bromeé—, nada grave. Una chiquilla

travesa me ha manchado. En sus ojos se leía todavía consternación, pero se salvó agradecida refugiándose también en el tono juguetón. —¿Y ha dado una buena zurra a esa chiquilla traviesa? —No —contesté, siguiendo el juego—. Ya no fue necesario. La chiquilla hace rato que se porta bien. —¿Y de verdad que ya no está enfadado? —Ni pizca. Tenía que haber oído con qué gracia dijo «le pido perdón». —¿Y no le guarda rencor? —No, perdonado y olvidado. Claro está que tiene que seguir portándose bien y hacer todo lo que se le diga. —¿Y qué tiene que hacer ahora la niña? —Tener siempre paciencia, seguir siendo amable y alegre. No permanecer sentada al sol demasiado tiempo, dar muchos paseos y seguir estrictamente las órdenes del médico. Pero ahora, sobre todo, tiene que acostarse y dejar de hablar y de pensar. Buenas noches. Le di la mano. Estaba encantadora allí tendida, sonriéndome feliz y con las pupilas brillantes. Cinco finos dedos se posaron cálidos y sosegados en mi mano. Entonces me fui, y sentí mi corazón aliviado. Ya tenía la mano en el picaporte, cuando detrás de mí oí una risa argentina. —¿Ha sido buena ahora, la niña? —Muy buena. Le pondremos un diez así de grande. Pero ahora a dormir, dormir, dormir y no pensar en cosas malas. Ya había abierto la puerta a medias, cuando de nuevo me persiguió aquella risa, infantil y picara. Y otra vez me llegó la voz de las almohadas: —¿Ha olvidado lo que se les da a las niñas buenas antes de acostarse? —¿Qué? —A las niñas buenas se les da un beso de buenas noches. No sé por qué me sentí incómodo. En su voz vibraba y flameaba un tono quisquilloso que no me gustó; un momento antes sus ojos me habían mirado con un fulgor demasiado febril. Pero no quise contrariar a la irritable criatura. —Oh, sí, claro —dije con aparente indolencia—. Casi lo había olvidado. Retrocedí los cuatro pasos hasta su cama y noté en el repentino silencio que Edith contenía la respiración. Sus ojos, que habían seguido mis pasos, permanecían fijos en mí, mientras su cabeza se mantenía inmóvil en las almohadas. No movió la mano, ni un solo dedo, únicamente los ojos escrutadores no se desviaron de mí en ningún momento. Rápido, rápido, pensé con creciente malestar. De modo que me incliné lo más deprisa posible y rocé fugaz y ligeramente su frente con los labios. A propósito toqué apenas su piel, y sólo percibí al acercarme el indefinido perfume de su pelo. Pero entonces sus dos manos, que por lo visto estaban al acecho sobre la colcha, se levantaron de repente. Antes de que yo pudiera apartar la cabeza, me agarraron las sienes como pinzas y atrajeron mi boca de su frente a sus labios. Se apretaron contra los míos con tanto ardor, tan absorbentes y ávidos, que los dientes tocaron los dientes y al mismo tiempo su pecho se irguió y se tensó apremiante para tocar y sentir mi cuerpo inclinado. Nunca en mi vida había recibido un beso tan fogoso, desesperado y sediento como el de aquella niña inválida. ¡Y no bastó con eso! Me mantuvo apretado contra ella con una fuerza embriagada hasta que le faltó la respiración. Entonces aflojó su presión y sus manos excitadas dejaron mis sienes y empezaron a revolver mi pelo. Pero no me soltó. Sólo por un momento, para mirarme fijamente a los ojos, recostada y como hechizada. Luego me atrajo de nuevo hacia ella y me besó, al azar y ardiente, las mejillas, la frente, los ojos y los labios, con una voracidad furiosa y a la vez desmayada. A cada uno de estos embates, balbuceaba y gemía: —Tonto... tonto... tonto... —y cada vez con más ardor—: ¡Tú... tú... tú! El ataque se volvía cada vez más acuciante, más apasionado, cada vez me abrazaba y besaba con más fuerza y más convulsivamente. Y de pronto, como una cortina que se rasga, la recorrió un espasmo... Me soltó, su cabeza cayó de nuevo sobre las almohadas, y sólo sus ojos seguían mirándome con un centelleo triunfante. Y después, volviendo presurosa la cabeza hacia mí, a la vez agotada y avergonzada, musitó: —Ahora vete, tonto... vete. Salí de la habitación tambaleándome. Una vez en el oscuro pasillo, me abandonaron las últimas fuerzas. Tuve que apoyarme en la pared, porque mis sentidos daban vueltas vertiginosamente. ¡Era eso, pues! Ése era el secreto, revelado demasiado tarde, de su inquietud, de su agresividad, para la que hasta entonces yo no había encontrado explicación. Mi espanto era indescriptible. Me sentía como alguien que se inclina sin recelo sobre una flor y le sale al encuentro una víbora. Si aquella sensible muchacha me hubiera pegado, insultado, escupido..., todo esto me hubiera dejado menos atónito, pues conociendo sus nervios inestables estaba preparado en todo momento para lo imprevisible... excepto para esto: que la enferma, postrada, fuera capaz de amar y quisiera ser amada; que aquella niña, aquel medio ser, aquella criatura incompleta e impotente, se atreviera (no sé expresarlo de otro modo) a amar, a desear con el amor consciente y sensual de una verdadera mujer. Había pensado en todo, menos en que un ser truncado por el destino, que no tenía fuerzas siquiera para arrastrar su propio cuerpo, pudiera soñar con otro como amante y como amado, en que me hubiera interpretado tan mal, a mí, que iba a verla con frecuencia únicamente por compasión. Pero, acto seguido, comprendí con nuevo espanto que nada sino precisamente mi apasionada compasión era la principal culpable de que esa muchacha abandonada y aislada del mundo esperara de mí, el único hombre que la visitaba asiduamente día tras día en su cárcel, que esperara de este loco, presa de su compasión, un sentimiento distinto, un sentimiento de ternura. Pero yo, torpe de mí, ingenuo incurable en mi ignorancia, sólo había visto en ella a la enferma, a la inválida, a la niña y no a la mujer. Ni por un instante, ni siquiera el más fugaz, me hubiera pasado por la cabeza imaginar que bajo aquella manta alentaba, sentía y esperaba un cuerpo desnudo, el cuerpo de una mujer que, como todos, deseaba y quería ser deseado... Nunca, a los veinticinco años, me

hubiera atrevido siquiera a soñar con la posibilidad de que también las enfermas, las inválidas, las inmaduras, las demasiado viejas, las excluidas y marcadas entre las mujeres, osaran amar. Pues, antes de conocer y vivir la vida real, un hombre joven e inexperto se imagina y conforma el mundo casi siempre de acuerdo con lo que ha leído o le han contado, antes de vivir la experiencia propia sueña indefectiblemente con imágenes y modelos ajenos. Sin embargo, en esos libros, en esas obras de teatro o en los cines (representaciones superficiales y simplificadas de la realidad), eran siempre y exclusivamente personas jóvenes, bellas y selectas las que se deseaban unas a otras; y así yo creía — de ahí también mi temor ante algunas aventuras— que había que ser especialmente atractivo, agraciado y favorecido por el destino para ganarse el afecto de una mujer. Sólo por esta razón había sido tan ingenuo y despreocupado en el trato con esas dos muchachas, porque desde el principio me pareció que quedaba excluido de nuestra relación todo lo erótico y nunca sospeché que ellas pudieran ver en mí algo más que un joven amable, a un buen amigo. Si bien en el caso de Ilona percibía a veces su belleza sensual, nunca había pensado en Edith como en una persona del sexo opuesto. Desde luego nunca había cruzado mi mente ni siquiera la sombra del pensamiento de que en su cuerpo decaído se tensaban los mismos órganos y en su alma agujoneaba el mismo deseo que en otras mujeres. Sólo a partir de aquel momento empecé a comprender poco a poco (algo por lo general silenciado por los poetas) que precisamente los excluidos, los feos, los marchitos, los tullidos, los rechazados, desean con una avidez mucho más apasionada y peligrosa que los sanos y felices, que aquellos que aman con un amor fanático, sombrío y negro, y que ninguna pasión en el mundo se alza más impetuosa y afligida, estéril y desesperada que la de los hijastros de Dios, quienes sólo amando y siendo amados pueden sentir justificada su existencia terrena. Hombre sin experiencia, no probado en el crisol de la vida, nunca me hubiera atrevido a sospechar la existencia de este secreto terrible: que el grito de pánico del ansia de vivir resuena con más rabia precisamente en el abismo más profundo de la desesperación. Fue en aquel instante cuando el conocimiento de este hecho se clavó en mí como un puñal ardiente. «¡Tonto!» También comprendí entonces por qué se le había escapado precisamente esta palabra en medio del pánico de los sentimientos, mientras su pecho a medio formar se apretaba contra el mío. «¡Tonto!» Sí, tenía razón en llamarme así. Todos debían de haberse dado cuenta desde el primer momento, el padre, Ilona, el criado y el resto de la servidumbre. Todos debían de haber sospechado hacía tiempo su amor, su pasión, quizá con espanto y probablemente con un mal presentimiento..., sólo yo no recelé nada, loco de mi compasión, que desempeñaba el papel de buen camarada, formal y torpe, que bromeaba jactancioso y no se daba cuenta de que un alma ardiente se atormentaba con mi irrazonable e incomprensible falta de comprensión. Tal como el triste héroe de una mala comedia que se encuentra en medio de una intriga, mientras todos los espectadores conocen el enredo desde hace mucho, y sólo él, el muy torpe, sigue actuando con toda seriedad, despreocupado y tranquilo, sin comprender todavía que ha caído en una red (de la que los demás conocen desde el principio cada hilo y cada malla), así todos los de la casa habían sido testigos de cómo, yo daba vueltas a tuestas en aquel estúpido juego de la gallina ciega de mis sentimientos, hasta que ella me arrancó de golpe la venda de los ojos. Pero, así como basta con encender una sola luz para iluminar a la vez una docena de objetos en una habitación, así más tarde —¡demasiado, demasiado tarde!— comprendí avergonzado una infinidad de detalles de todas aquellas semanas. Sólo entonces vi, como a la luz de un relámpago, por qué se irritaba cada vez que en mi arrogancia la llamaba «niña», cuando precisamente delante de mí no quería pasar por niña, sino por mujer, y ser deseada como amante. Sólo entonces comprendí por qué a veces le temblaban los labios inquietos, cuando su invalidez me conmovía visiblemente, por qué odiaba con rabia mi compasión... Al parecer, su instinto femenino le decía con clarividencia que la compasión era un sentimiento fraternal demasiado tibio y nada más que un triste sustituto del verdadero amor. ¡Cómo debía haber esperado la pobre una palabra, una señal de comprensión, que nunca llegaba, cómo debía haber sufrido con mi charla despreocupada, mientras ella se consumía en las ascuas de la impaciencia y con alma palpitante esperaba y esperaba el primer gesto de ternura o, por lo menos, que su pasión fuera por fin percibida! Y yo, yo no había dicho ni hecho nada y, sin embargo, no había dejado de ir a verla, reafirmando en su esperanza con mis visitas diarias y a la vez turbándola con la sordera de mi alma... ¡cuán comprensible era que acabase con los nervios deshechos y me tomara como su botín! Todo esto penetró en mi alma con mil imágenes, mientras, como aturdido por una explosión, me apoyaba en la pared del oscuro pasillo, sin aliento y con las piernas casi tan paralizadas como las de Edith. Por dos veces intenté avanzar a tuestas, pero sólo a la tercera toqué el picaporte. Por aquí se va al salón, pensé rápidamente. Por la izquierda se sale al vestíbulo, donde están mi sable y mi gorra. De modo que a atravesar la habitación a toda prisa y salir, salir antes de que venga el criado. ¡Bajar enseguida las escaleras y fuera, fuera, fuera! Ponerme a salvo fuera de la casa antes de encontrarme con alguien al que tuviera que hablar y responder. ¡Venga, sal, que no me cruce con el padre por el camino, ni con Ilona, ni con Josef, con ninguno de los que dejaron que siguiera metiéndome en este enredo! ¡Corre, vete, deprisa! Pero ¡demasiado tarde! En el salón me esperaba Ilona, que, al parecer, había oído mis

pasos. Apenas me vio, se transformaron sus facciones. —¡Jesús María! ¿Qué pasa? Está muy pálido... ¿Ha... ha vuelto a ocurrir algo con Edith? —Nada, nada —encontré todavía fuerzas para balbucear, y quise seguir mi camino —. Creo que ahora duerme. Dispense, debo irme. Sin embargo, debía de haber algo aterrador en mi brusquedad, pues Ilona me cogió resueltamente del brazo y me empujó con fuerza a un sillón. —Veamos, primero se sienta un momento. Tiene que recuperarse... Y el pelo... ¡Vaya pinta! Lo tiene completamente revuelto... No, no se mueva. — Yo iba a levantarme—. Le traeré coñac. Corrió al armario, llenó una copa, y yo la vacié de un trago. Ilona me miró preocupada cuando deposité la copa con mano temblorosa (nunca en mi vida me había sentido tan débil y agotado). Luego se sentó en silencio a mi lado y esperó sin hablar, sólo levantando de vez en cuando la mirada atenta e inquieta hacia mí como se observa a un enfermo. Al fin preguntó: —¿Edith le ha... dicho algo..., quiero decir algo que... le afecta? Por su tono de simpatía comprendí que sospechaba la verdad. Y yo era demasiado débil para defenderme. Me limité a susurrar: —Sí. Ella no se movió. No contestó. Sólo noté que de pronto su respiración se volvía más agitada. Se inclinó cautelosa hacia delante. —¿Y hasta... hasta ahora usted de veras no lo había notado? —¿Cómo podía sospechar algo así..., semejante disparate...! ¿Cómo se le ocurrió...? ¿Por qué precisamente yo? Ilona suspiró. —Dios mío..., y ella siempre había creído que usted venía por ella..., que por ella venía a visitarnos... Yo nunca lo creí, porque... se... se comportaba de un modo tan natural... y cordial, pero de otra manera. Desde el primer momento temí que en usted fuera sólo compasión, pero ¿cómo podía yo prevenir a la pobre criatura, cómo podía ser tan cruel como para disuadirla de una ilusión que la hacía feliz...? Desde hace semanas vive únicamente pensando que usted... Y cada vez que me preguntaba si creía que usted la quería de verdad, no podía darle una respuesta brutal... Tenía que tranquilizarla y confortarla. No pude dominarme por más tiempo. —No, al contrario, tiene que disuadirla, disuadirla a toda costa. Es una locura, un delirio, un capricho infantil..., no es más que la típica fantasía de adolescente por los uniformes, y si mañana aparece otro, será ése. Tiene que explicárselo... Tiene que disuadirla a tiempo. Es por pura casualidad que sea yo el que vino y no otro de mis camaradas mejor que yo. A su edad eso se olvida y pasa pronto... Pero Ilona movía tristemente la cabeza de un lado para otro. —No, mi querido amigo, no se engañe. Para Edith esto es serio, terriblemente serio, y cada día que pasa se vuelve más peligroso... No, amigo mío, no puedo convertir en fácil así de pronto algo tan difícil. Ah, si supiera usted lo que pasa en esta casa... En mitad de la noche la campanilla suena tres o cuatro veces, nos despierta a todos sin contemplación y, cuando corremos a su cama, llenos de miedo de que le haya ocurrido algo, la encontramos sentada, erguida, descompuesta, mirando fijamente al vacío, y nos pregunta siempre lo mismo, siempre lo mismo: «¿No crees que me quiere al menos un poco, sólo un poquito? Al fin y al cabo no soy tan fea.» Y luego pide un espejo, pero enseguida lo tira a un lado y al momento siguiente ella misma reconoce que es una locura lo que está haciendo, y dos horas más tarde empieza de nuevo. Llevada por la desesperación pregunta a su padre, a Josef, a las criadas. ¿Recuerda a aquella gitana de anteayer? Pues ayer la mandó llamar a escondidas para que le hiciera los mismos presagios... A usted le ha escrito ya cinco cartas, largas cartas, que después rompe. De la mañana a la noche, desde muy temprano hasta muy tarde, no piensa ni habla de otra cosa. Una vez me pidió que fuese a verlo y averiguara si la quería, aunque fuera sólo un poco, o si... si le resulta un fastidio, puesto que habla tan poco y se hace el esquivo. Tenía que ir enseguida, enseguida, atraparlo a medio camino, que el chófer fuera corriendo a preparar el coche. Y en el último momento, cuando ya estoy fuera, delante de la puerta, suena de nuevo la campanilla, tengo que volver con el sombrero y el abrigo puestos y jurarle por la vida de mi madre que no haré la menor alusión. ¡Ah, qué sabe usted! Para usted todo termina cuando cierra la puerta. Pero apenas se ha ido, me informa de cada palabra que usted ha dicho y quiere saber lo que creo y opino... Si le digo: «Ya ves que te quiere», me grita: «¡Mientes! ¡No es verdad! ¡Hoy no me ha dicho ni una sola palabra amable!» Pero al mismo tiempo quiere oírlo todo otra vez, tengo que repetírselo y jurárselo tres veces... ¡Y luego el viejo! Desde entonces está completamente trastornado, y eso que a usted lo quiere y adora como a un hijo. Tendría que verlo sentado horas enteras, con sus ojos cansados, junto a la cama de Edith, acariciándola y tranquilizándola hasta que al fin se duerme. Y luego él anda toda la noche arriba y abajo, inquieto, por su habitación... Y usted... ¿de veras no se ha dado cuenta de nada de todo esto? —¡No! —exclamo sin poderme dominar a causa de la desesperación—. ¡No, le juro que de nada! ¡No tenía la menor idea! ¿Cree usted que habría seguido viniendo, que habría podido sentarme con ustedes, jugar al ajedrez y al dominó, o escuchar los discos del gramófono, si hubiera sospechado lo que pasaba...? Pero ¿cómo puede Edith obsesionarse con la vana ilusión de que yo..., precisamente yo...? ¿Cómo puede pretender que yo me preste a semejante disparate, semejante chiquillada...? ¡No, no, no! Iba a ponerme de pie de un salto, tanto me torturaba la idea de ser amado en contra de mi voluntad, pero Ilona me cogió enérgicamente de la muñeca. —¡Quieto! Le ruego, mi querido amigo, que no se excite, y ante todo le suplico que hable más bajo. Edith posee el don de oír a través de las paredes. Y le ruego, por el amor de Dios, que no sea tan injusto. La pobre tomó como una señal el hecho de que el mensaje viniera de usted, de que fuera precisamente usted el primero en informar

de la nueva cura a su padre. Aquel día corrió a su habitación en mitad de la noche y la despertó. ¿De verdad no se imagina usted cómo sollozaron los dos y dieron gracias al cielo porque estos tiempos horribles tocan a su fin, y que ambos están convencidos de que, tan pronto como Edith se haya curado y sea una persona como las demás, usted...? Bueno, no hace falta que yo se lo diga. Por esta razón no puede causar una conmoción a la pobre criatura precisamente ahora, cuando necesita todos sus nervios para el nuevo tratamiento. Tenemos que proceder con extrema cautela y no permitir. Dios nos libre, que ella sospeche que a usted le resulta tan... tan terrible. Pero mi desesperación me había vuelto despiadado. —No, no y no. —Con la mano martillé con fuerza el brazo del sillón—. No, no puedo..., no quiero ser amado, amado de esta manera... Y tampoco puedo seguir fingiendo que no me doy cuenta de nada, no puedo volver a sentarme como si nada y echar piropos... ¡No puedo! Usted no sabe lo que ha ocurrido allá, allá arriba, y... ella me ha interpretado del todo mal, porque yo sólo he tenido compasión hacia ella, ¡Sólo compasión, nada más, nada más en absoluto! Ilona callaba y miraba con la vista perdida en el vacío. Después suspiró. —Sí, eso es lo que me temí desde el comienzo. Lo he sentido en los nervios durante todo este tiempo... Pero, Dios mío, ¿qué pasará ahora? ¿Cómo hacérselo comprender? Guardamos silencio. Estaba todo dicho. Ambos sabíamos que no había ninguna salida, ninguna escapatoria. De pronto Ilona se incorporó con la expresión tensa de quien aguza los oídos, y casi al mismo tiempo oí el rechinar de unos neumáticos que se detenían delante de la entrada. Debía de ser Kekesfalva. Ilona se levantó como un rayo. —Mejor que ahora no se encuentre con él... Está demasiado alterado para hablarle con naturalidad... Espere, enseguida le traigo la gorra y el sable, y lo más fácil es que salga por la puerta trasera que da al parque. Encontraré una excusa para explicarle que no ha podido quedarse a pasar la velada. Había ido a buscar mis cosas de un salto. Por suerte el criado había corrido al coche, y así pude pasar inadvertido a través del patio interior, y ya en el parque un temor frenético a tener que contestar a alguien aceleró mis pasos. Por segunda vez huí de aquella casa fatal, con la cabeza gacha y asustado como un ladrón. *(st albans city station to hertfordshire university)*.

## **Audiolibro La Impaciencia Del Coraz N Stefan Zweig 4 De 7**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**